

de la ofi. de cargo. J. Fran^{co} de
Chim, de dia. etc. y un par como venia.

En la ofi. de cargo.

MUESTRAS SIN VALOR.

5no
20102

lotn. 242350

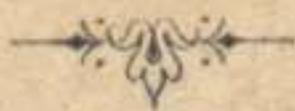


2396875

★
Carlos Cano.

Muestras sin valor

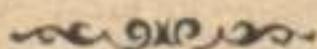
[Páginas en prosa y páginas en verso]



CARTAGENA.—1888.
IMPRESA DE JOSÉ REQUENA.

PÁGINAS EN PROSA.

LA PRIMERA Y LA ULTIMA



I.

Antes del baile

LA carta de Julia no tenía vuelta de hoja. Antonio la leyó de nuevo. Decía así:

«Ha llegado la ocasión de poner á prueba tu cariño. Mañana noche reciben las de Perez, aquellas señoras tan antipáticas de la calle del Turco, y habiéndonos invitado personalmente, no ha habido medio de resistir. Hazte presentar por alguno de tus amigos y podremos pasar reunidos tres ó cuatro horas. El primer wals es para tí. No admito excusas. Si no vas, todo habrá concluido entre nosotros.

Tuya siempre,

Julia.»

Antonio estrujó la carta y dió un puñetazo sobre la mesa.

Su situación era digna de lástima. Amaba á Julia y odiaba el baile. Tenía veinte y cuatro años y no sabía lo que era una polka. Sus compañeros de oficina lo presentaban siempre como el tipo más acabado de lo que ha dado en llamarse hombre *peña*.

¿Qué hacer?

No asistir al baile pretestando una enfermedad repentina ó una ocupación urgente, eran recursos que había empleado con buen éxito en otras ocasiones, pero en la presente no estaba Julia dispuesta á admitirlos. Asistir á la *soirée* de las de Perez y no bailar con su novia, venía á ser un rompimiento de relaciones. Atreverse á bailar él, que nunca se había encontrado en semejante trance, era decidirse á poner en ridículo á Julia.

¿Cómo salir de aquel apuro?

La Providencia en forma de periódico vino á sacarle del atolladero. Preocupado Antonio y exprimiendo su imagin para encontrar una idea luminosa, fijó al azar los ojos en la cuarta plana de *La Correspondencia* y un anuncio con letras

muy grandes le arrancó un grito de alegría. El anuncio salvador estaba concebido en estos términos:

BAILE, ESGRIMA, GIMNASIA CEREBRAL.

DIEGO CAMELI

*dá lecciones á domicilio, garantizando
el pronto resultado.*

Leer las anteriores líneas y salir en busca del Sr. Cameli fué para Antonio cuestión de dos minutos.

—¿Es al señor maestro de baile á quien tengo el honor de dirigirme? --dijo entrando en la habitación del anunciante.

—Perdonad, señor mío,—respondió el interpelado:—estais en presencia de un profesor de coreografía teatral y de salón. ¿En qué puedo serviros?

Antonio contó al coreógrafo el apuro en que se encontraba y la necesidad que tenía de aprender á bailar un wals en el improrrogable plazo de treinta y seis horas.

—No os apureis, caballero; yo os sacaré del

compromiso. Mañana noche, creedme, bailaréis el wals que tanto os preocupa.

—Amen,—exclamó mirando de alto á bajo al que iba á ser su salvador.

Era éste un hombre como de cincuenta años, de ojos vivos, pequeño de estatura, y cuya enmarañada y larga cabellera venía á descansar sobre el mugriento cuello de su levita. La palidez de su rostro demostraba un ayuno más continuado de lo que la iglesia prescribe.

—Caballero,—le dijo á Antonio ofreciéndole una silla y sentándose él en otra;—aunque no hay tiempo que perder, permitidme que os diga dos palabras. La situación en que os encontráis me pone de manifiesto las funestas consecuencias del desden con que miran los Gobiernos la rama más importante del árbol de la educación. Se crean clases de griego, de agricultura, de retórica, de obstetricia, etc., etc., y se olvida, no haciéndola obligatoria, la enseñanza de la coreografía. Y ¿qué ha de suceder? Fácil es adivinarlo. La juventud, ó se entrega al baile, sin principios, de oído, como si dijéramos, ó huye como vos de la sociedad que le señala con el estigma de los ignorantes.

—¡Caballero!—le interrumpió Antonio.

—No hay que incomodarse. Vos sereis una persona ilustrada, lo reconozco, pero vuestra ilustración es incompleta, ignorando como ignorais los principios más elementales del baile. La generalidad de las personas cree que bailar se reduce á dar cabriolas en un escenario ó á mover los piés en un salón al compás de una habanera. ¡Error crasísimo! El baile nace con la criatura. Educarlo, perfeccionarlo, he ahí la misión de los profesores de coreografía. ¿No habeis observado como los recién nacidos mueven los brazos y las piernas? Ese es el baile *expontáneo*. ¿No veis cómo el hombre al recibir una noticia agradable se agita y salta sin poderse contener? Ese es el baile *natural*. Perfeccionad esos movimientos, dadles reglas fijas, y al aplaudir en el teatro á una Pinchiara, al admirar en un salón los rápidos y acompasados giros de una enamorada pareja, exclamareis: ¡Bien hayan los gobiernos que dedican su atención preferente á la propaganda de los estudios coreográficos! ¡Baldón eterno para aquellos que no le tienden una mano protectora! Yo soy pobre, bien lo veis —y esto era evidente, pues la habitación de Cameli respiraba pobreza y

suciedad;—pero, creedme, más de tres y más de cuatro personajes que hoy brillan en la política y han regido los destinos del país me deben cuanto son. Un baile ensayado por mí ha sido la base de su fortuna, y os lo voy á probar citándoos algunos casos. Cierta noche fuí llamado por un General con mando, y en dos lecciones le enseñé unos *lunceros*, con los cuales consiguió, en casa de cierta Marquesa, una victoria más grande que las muchas que había alcanzado en los campos de batalla. Otra vez un Ministro, que era cojo, tuvo que bailar un wals corrido, y, gracias á mí, salió del compromiso tan á la perfección que su pareja, que era la señora de un embajador, no pudo saber del pié que cojeaba, á pesar de estar bailando cerca de media hora. En otra ocasión....

Antonio se levantó de la silla dispuesto á tapar la boca de aquel hombre con el primer objeto que hallara á mano, al ver que su charla iba á ser eterna.

Por fin logró reducirlo al silencio y convenir el plan de enseñanza y los honorarios que había de satisfacer.

Acto seguido, Antonio regresó á su casa, y

un cuarto de hora después se presentó en ella el Sr. Cameli llevando debajo de la capa un violin.

Comenzó la academia.

El profesor explicó al discípulo los *coupeés*, los *destaques*, los *destaques ligados* y otra porción de primores cuyo tecnicismo era difícil de retener en la memoria. Después bailó Cameli un wals acompañándose con el violin, luego hizo bailar á Antonio en tanto que él tocaba el dicho instrumento, y por último, bailó con el discípulo, á la vez que tataraba el wals, haciendo el papel de señora.

Bien pronto el nuevo bailarín creyó que la habitación daba vueltas, y cayó al suelo más mareado que si se hubiera encontrado en alta mar con un temporal deshecho.

Después de tomar descanso y tranquilizar su cabeza, volvió á la carga, y así, sin más intervalo que el indispensable para comer y dormir tres horas, baila que baila, llegaron maestro y discípulo hasta las ocho de la noche de la fiesta.

—Ya estais aprobado,—le dijo el primero al segundo;—con un poco de calma y desechando el miedo podeis desde ahora bailar bien esta noche.

Y se despidieron.

Antonio, una vez solo, se abrazó á una silla y, tateando el wals que había oído á Cameli, comenzó á dar vueltas por la habitación con objeto de perfeccionarse.

II.

En el baile.

Con el mismo abatimiento que si se dirijiera al suplicio, se encaminó Antonio á casa de las de Perez, á las diez de la noche.

A pesar del continuado ejercicio á que había sometido sus piés durante treinta y seis horas, y apesar de las seguridades que le había dado Cameli, Antonio temia un fracaso.

Cualquiera que lo hubiera visto cruzar las calles aquella noche, le habría tomado por un loco. De cuando en cuando, y tateando siempre el wals consabido, movía los piés haciendo *lestuques*, y cada vez que volvía una esquina daba una vuelta, todo para *ensayarse* hasta el último momento.

Llegó por fin á la casa de la fiesta, y aun

en la misma escalera hizo varias cabriolas, en una de las cuales rodó hasta la portería. Tentado estuvo de volverse á su casa, aun á riesgo de quedar mal con Julia, pero al ir á ponerlo por obra se encontró á ella que llegaba con su mamá, y ya no pudo retroceder. Cerró los ojos y se dispuso al sacrificio.

—Al fin me has complacido. ¡Cuánto te lo agradezco!—fueron las primeras palabras de Julia.

—¡Bien puedes decirlo!--murmuró Antonio; —ya sabes cuanto odio el baile, y solo por ti me voy á hacer presentar en esta casa.

Seguidamente hizo pasar recado á un amigo suyo, éste salió, y juntos pasaron á la sala á hacer la presentación oficial.

—Tengo el gusto de presentar á usted, etc., etc.,—dijo el amigo á la señora de la casa.

—Tengo una verdadera satisfacción, etc., etc.,—contestó la dicha señora.

En aquel momento el piano preludió una polka, y diez ó doce parejas se dispusieron á bailar.

Antonio empezó á sudar la gota gorda, y la sudó aun mayor al decirle Julia:

—No te olvides de pedir este baile á Rosita.

—Rosita era la hija de la casa.

—¡Aquí te quiero escopeta! digo ¡aquí te quiero Cameli!—murmuró Antonio; y dirigiéndose á Julia, le dijo:—el caso es que no estoy *fuerte* en polkas, si fuera wals. ..

—No digas eso; bailar una polka es lo más sencillo del mundo: no tienes más que dar dos pasos á un lado y dos á otro. Además, Rosita es ligera como una pluma y, aun sin que sepas gran cosa, saldrás adelante; pero no pierdas tiempo, diríjete á ella y enseguida bailaremos nuestro wals.

Antonio vió que estaba acorralado, y dispuesto á todo, invitó á Rosita; esta se puso de pié y....

¡Allá vá la nave!

¡Quién sabe dó vá!

Lo que pasó entonces no es para contado, Antonio, aturdido, dió un paso y al siguiente, sin darse cuenta de lo que hacia, salió disparado como una bala bailando el wals de Cameli.

—¿Qué hace usted, caballero! ¿Qué es esto! —gritaba Rosita tratando de desasirse; pero era en vano, pues Antonio, como si le hubieran dado cuerda, siguió dando vueltas con la chica y pasando por ojo á cuantas parejas hallaba en su desenfrenada carrera.

—¡Apartarse! ¡apartarse!—gritaban todos; —¡qué viene! ¡qué viene!—y Rosita seguía exclamando:—¡Pare usted, pare usted, por piedad!

Todas las parejas dejaron de bailar; solo Antonio, llevando á remolque á la suya, corria de un extremo á otro de la sala, chocando con personas y muebles, y causando contusiones á unas y desperfectos á otros.

Al fin rodaron por el suelo, y entonces Antonio, con el cabello erizado, rotos los guantes y los quevedos, y con un pedazo de pulsera unido á la cadena de su reloj, y un pendiente prendido en la corbata, como volviendo en sí, se levantó rápidamente y, saliendo como un rayo de la sala, ganó en dos brincos la escalera.

Una vez en la calle, echó á correr sin que lograran darle alcance tres ó cuatro papás y otros tantos novios que salieron en su persecución.

La sala de las de Perez entretanto presentaba un aspecto imponente; aquello era un campo de Agramante.

Un portier, cuatro sillas, dos veladores, tres candelabros, un album de retratos, dos *polissones* y una dentadura postiza se hallaban tirados sobre la alfombra. En una butaca se encontraba Julia dando gritos, presa de un violento ataque de nervios. A Rosita, con el traje destrozado y el cuerpo lleno de contusiones, fué preciso conducirla inmediatamente al lecho. Su mamá, á quien el codo de Antonio echó fuera la dentadura, echaba sangre por la boca. Un caballero muy gordo se estropeó un ojo por haberle entrado en él una punta de la peineta de Rosita. El amo de la casa aseguraba que había recibido un martillazo en la cabeza. Por último, ocho ó diez señoras tenían los piés medio deshechos á fuerza de pisotones.

Uno de los contertulios fué á la casa de socorro más próxima en busca de médicos, é interin estos no venían, el Sr. Perez hacía beber tila á los lesionados, y preparaba hilas y vendajes para las primeras curas.

A todo ésto no se oían más que denuestos,

para el pobre Antonio, que, solo á la ligereza de sus piernas debió el llegar entero á su casa.

III.

Después del baile.

Pero ¡en qué estado tan lastimoso arribó á su domicilio después de aquel deshecho temporal!

Once dias permaneci6 en cama sin que le abandonara la fiebre; el médico llegó á temer por su vida, pero al fin consiguió devolverle la salud.

Los sucesos de la noche del baile le parecían un sueño al discípulo de Cameli; más, bien pronto, su criado le hizo ver la triste realidad entregándole un paquete de cartas y tarjetas.

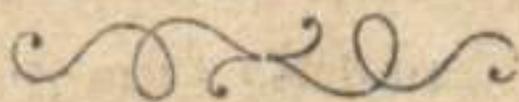
La primera epístola que leyó era de Julia; en ella -le llamaba loco y mal caballero, y le prohibía que volviera á acordarse del santo de su nombre. La segunda era del amigo que le llevó al baile; le intitulaba estúpido y le exigía una

satisfacción. La que leyó después era del señor Perez; le apellidaba sacamuélas y le retaba á un duelo á muerte; é igual reto le dirigían una docena más de señores, en nombre de otras tantas señoras contusas de menor cuantía.

Antonio, no sabiendo como acudir á aquella colección de duelos, consiguió de los ofendidos que el desafío se llevara á cabo con el que designara la suerte; y el Sr. Perez, que fué el favorecido, atravesó una mano á Antonio, con cuya sangría se dieron todos por satisfechos.

Desde entonces, Antonio huye de los bailes como el demonio huye de la cruz, y el recuerdo de aquella malhadada polka lo tiene siempre muy *à la mano*.

Y es natural. ¡Quedó manco en el desafío!



LA SUEGRA



(Máximas inmORAles.)

LA suegra es la nube en el cielo del matrimonio.

(*Un poeta.*)

* * *
Si en vez de callos estirpara suegras, la paz universal sería un hecho.

(SANCHEZ, *pedicuro.*)

* * *
En el ajedrez del matrimonio, la suegra dá *mate* á la primera jugada.

(*Un jugador de ajedrez.*)

* * *
He conseguido reunir en mi casa todos los espíritus conocidos, desde el espíritu de vino hasta el espíritu de contradicción, ¡mi suegra!

(TILA, *farmacéutico.*)

* * *

No comprendo que haya quien hable mal de las suegras desde que conocí á la mía, que fué un modelo digno de imitación: falleció el día de mi boda de un cólico *benigno*.

(*Un hombre feliz.*)

Una suegra es una locomotora que descarrila.

(*Un conductor de trenes*)

Si en lugar de toros se lidiaran suegras, el espectáculo nacional tendría un carácter más humanitario y civilizador.

(N. N., de la *Sociedad protectora de los animales.*)

Un matrimonio sin suegra es un paraíso sin serpiente.

(*Un Adam.*)

La suegra es el más indigesto de los embutidos.

(RODRIGUEZ, *choricero.*)

He domado dos leones y un oso blanco, sin

desperfecto alguno en mi individuo; he intentado *amansar* á mi suegra, y me ha estropeado un ojo y la nariz. Comparen ustedes.

(VALIENTE, *domador de fieras.*)

* * *

Entre suegra y yerno, el infierno.

(*Un amigo de refranes.*)

* * *

El huron y la suegra, debajo de tierra.

(*El mismo.*)

De todos los temporales que he corrido á bordo de mi barco, ninguno recuerdo con tanto horror como el que corrí á bordo de mi suegra.

(*Un contramuestre.*)

* *

La mamá política es lo más impolítico que se conoce.

(*Un yerno idem.*)

* * *

La suegra en el matrimonio es como el

pulso en el enfermo: cuanto más *frecuente*, peor.

(LINUESO, *licenciado en medicina.*)

*

Hasta ahora no puedo quejarme de mi suegra; en toda una semana sólo una vez me ha llamado *mónstruo*, y sólo dos me ha tirado una silla á la cabeza. Si después no saca las uñas, he hecho la jugada.

(ANGEL DULCE, *un infeliz.*)

*

* *

EL LECTOR, *parodiando á un conocido poeta:*

Huya de mi casa el bien;
 Pruebe por mi suerte negra
 De mi mujer el desdén;
 Más, Dios me libre de suegra
 Por siempre jamás, amen.



UNA VÍCTIMA IGNORADA.

(Recuerdo de la inundación de 1879.)

LA estadística, aun con toda la lógica de los números, es incompleta en la mayor parte de los casos.

Precisar el número de héroes de un combate, el número de mártires de una idea ó el número de víctimas de una gran catástrofe es empresa de difícil, de casi imposible realización.

En las batallas de los ejércitos, como en las batallas de la vida, hay siempre héroes y víctimas anónimos que ni alcanzan renombre por sus virtudes, ni aun logran figurar entre sus compañeros de glorias ó infortunios.

Sugiere-me estas ideas, hoy que Murcia conmemora con lágrimas y oraciones el primer aniversario de su horrible inundación, el recuerdo

de las víctimas desconocidas de tan inmensa catástrofe.

Descansen en paz los desventurados que entre las sombras de aquella inolvidable noche pasaron del breve sueño de la vida al eterno sueño de la muerte; y, al par que dedicamos un recuerdo y una plegaria á tantos y tantos infelices cuyo trágico fin dió á Murcia triste celebridad, tributemos también una memoria á los desgraciados que, heridos de muerte en lo profundo de su alma durante aquellas horas de agonía, bajaron al sepulcro poco tiempo después.

Sumando estas víctimas anónimas á las que nos fueron conocidas, su enorme cifra daría una idea exacta de lo que fué en Murcia la inundación de 1879.

Yo he tenido ocasión de conocer á una de esas víctimas ignoradas; su cuerpo frío halló descanso hace tres meses en el cementerio de la puerta de Castilla.

¡Pobre Mercedes!

Tan vulgar como auténtica es su historia, y voy á referirla á mis lectores.

Mercedes era una muchacha tan pura como

el sueño de un niño, y tan hermosa como un ángel del cielo.

Pasó su infancia en Lorca, en unión de dos hermanos suyos de corta edad, y al lado de su madre, pobre viuda que la adoraba como sólo las madres adoran. Dos meses antes de la aciaga noche, llevóla á Murcia la autora de sus días, y la dejó en casa de su anciana abuela para que, estando en su compañía, la prestase los cuidados que sus muchos años reclamaban, ya que á su madre le era imposible abandonar á Lorca donde tenía esperanza de dar colocación á sus dos hermanos.

Mercedes era un ángel; contaba ya veintiun años y no había tenido ni un novio, por más que muchos jóvenes le habían ofrecido su cariño. Su único amor era su madre; su único deseo velar por la pobre anciana que estaba encomendada á su cuidado. Cosiendo de noche y de día ganaba lo necesario para no ser gravosa á su abuela, que no tenía más bienes de fortuna que las limosnas de algunas piadosas señoras, y las pequeñas cantidades que, á costa de sacrificios, la enviaba su hija desde Lorca.

La noche del 15 de Octubre velaba Mercedes

como de costumbre, y su mano movía rápidamente la aguja.

De pronto, levantó la cabeza al escuchar el toque de rebato de las campanas, y, creyendo fuera la señal de un incendio, corrió presurosa al balcón. La calle estaba completamente á oscuras, pero bien pronto vió brillar en un extremo de ella un hacha de viento, entre un grupo de hombres que gritaban y corrían como si huyeran de un peligro inminente.

Cuando supo el motivo de la alarma llamó precipitadamente á su abuela, y juntas empezaron á rezar. La oración es el consuelo de las almas buenas, y aquellas dos mujeres eran dos santas.

El peligro presente les hizo pensar en el peligro que tal vez en aquellos mismos instantes corrían en Lorea sus tres personas más queridas, y, no bien brilló el alba, corrió Mercedes hácia el Puente para ver por sus propios ojos el río, y tratar de adquirir alguna noticia del pueblo donde nació. Cuando llegó al Arrenal, después de atravesar la inundada plaza de San Pedro, quedó como petrificada al ver convertido en embravecido mar el apacible Segura, y al distinguir sobre

sus turbias aguas muebles y restos de viviendas que demostraban inmensas desgracias.

Con Lorca no había comunicación, pues hasta el telégrafo se inutilizó desde los primeros momentos, y á cuantas personas preguntaba le hacían comprender que allí también habrían sentido los desastrosos efectos de la riada.

Volvió á su casa llorando amargamente. Su madre vivía en el barrio de San Cristóbal, el más castigado en todas las inundaciones, y aunque su abuela, haciendo un esfuerzo supremo, trató de consolarla, todo fué en vano. Su imaginación éxaltada y su vehemente cariño le presagiaban una horrible desgracia.

Volvió más tarde al Puente, vió aterrada pasar ante sus ojos carros cargados de cadáveres recogidos en el barrio de San Benito y en el camino de Alcantarilla; distinguió entre la atónita muchedumbre, hombres y mujeres cubiertos de lodo, cuyos casi desnudos cuerpos, como los de algunos niños que llevaban en los brazos, demostraban que habían escapado milagrosamente de una muerte segura; y estas escenas, los ayes de los que habían perdido algún ser amado, los lamentos de los que ignoraban la

suerte de alguna persona querida, trastornaron tanto la cabeza de Mercedes que, cuando su abuela la recibió en sus brazos, ya no lloraba, ya no articulaba una sola palabra; era la imágen del dolor, reflejo del que sufrió la Virgen María al presenciarse en la cumbre del Gólgota el sacrificio del hijo de Dios.

Dos días pasó febril, loca, la infortunada joven. Cuando al cabo de ellos, tuvo noticias de que su madre y sus hermanos habían escapado con felicidad del peligro, era ya tarde. ¡Mercedes estaba herida de muerte!

Poco á poco la enfermedad que había de llevarla al sepulcro se presentó con caracteres más alarmantes. La tos, al principio seca y poco ruidosa, se convirtió en hueca y profunda. La palidez de la azucena que se admiraba en su semblante, se trocó en palidez clorótica; y su nariz afilada, sus ojos y sus sienes hundidos, sus conjuntivas nacaradas, su debilidad, su anhelación, todo hacía comprender que la terrible enfermedad llamada tisis había elegido á Mercedes por una de sus víctimas.

A la caída de una tarde de Julio, la abuela y la madre estaban una á cada lado de la enferma,

El rayo postrero del sol bañaba con su tibia luz el rostro de Mercedes: era el beso de despedida que daba el astro del día á la que ya no volvería á verle sobre el horizonte.

En el triste semblante de la joven se marcaba de un modo terrible el fúnebre sello de la muerte. Mercedes conoció que se extinguía su vida, y, fijando sus apagados ojos, primero en el cielo, y después en su madre, movió las manos como pidiéndole la última prueba de su amor; y al unirse sus bocas en un beso indescriptible, y, al estrechar la desolada madre entre sus brazos á la hija de sus entrañas, sintió en los labios el frío de la muerte.

¡Había abrazado el cadáver de su hija.

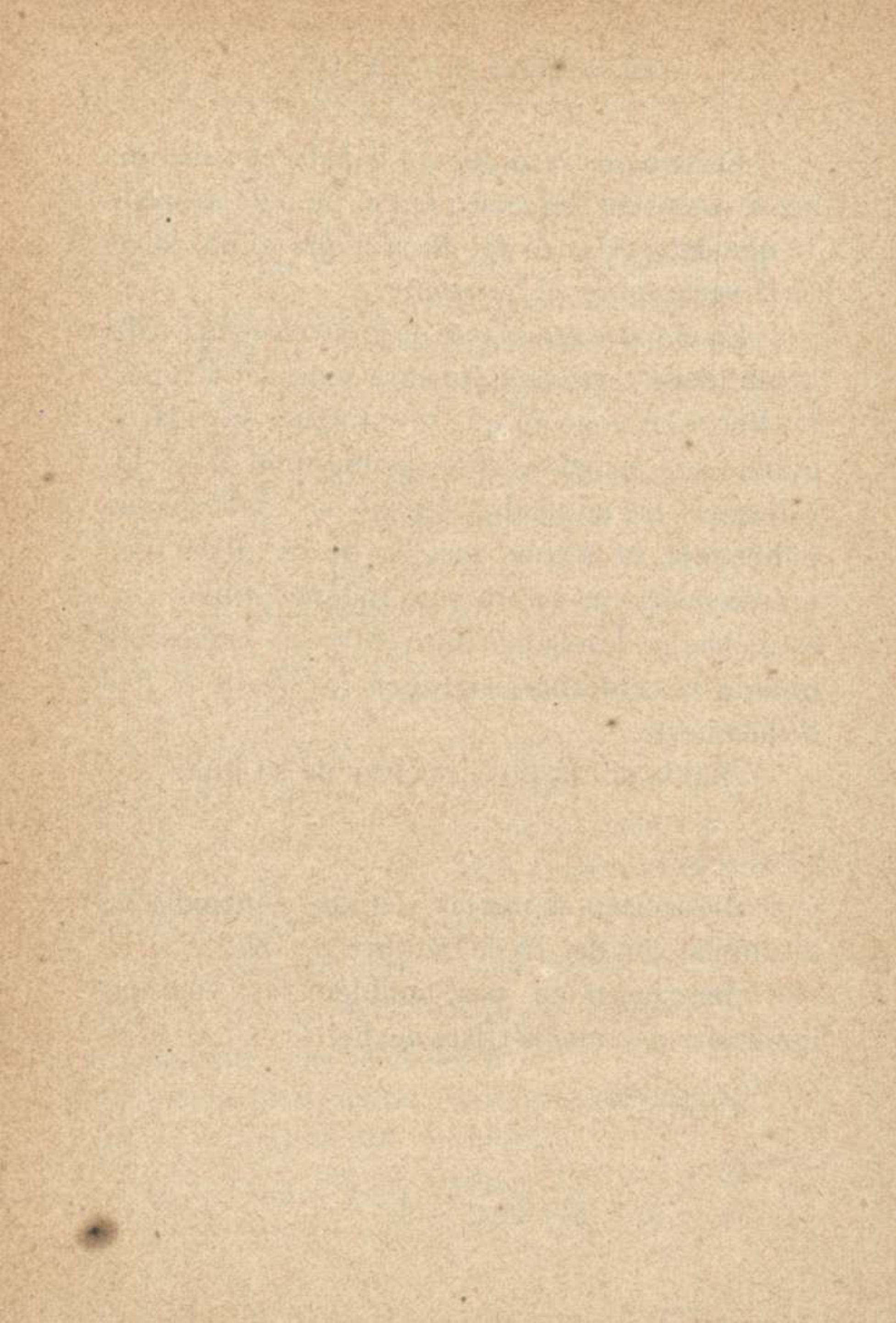
.
.

¡Descansen en paz las víctimas conocidas de la inundación del 15 de Octubre de 1879!

¡Descansen en paz, también, las víctimas ignoradas de aquella triste noche!

Octubre--1880





IDEAS SUELTAS.



EN materia de relaciones, las únicas que no traen consecuencias son las de ciego.



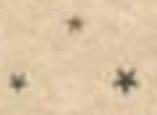
Una declaración de amor es una declaración de guerra al bolsillo.



Las lágrimas de los amantes son como las lluvias de verano: casi siempre van acompañadas de *truenos*.



Si los ángeles son los que moran en las alturas, mi novia debe ser uno de ellos: vive en piso quinto.



Cuando menos se acierta la edad de una mujer, es cuando llega á *cierta edad*.



Para que todo sea raro en el amor, la mayor seriedad de los amantes la guardan para cuando están *de monos*.

* * *

La mujer pasa su vida jugando: primero juega con las muñecas, luego con los novios, después con los niños y por último con los perros.

* * *

Si los ojos son el espejo del alma, las mujeres que lloran á menudo deben tener el alma.... de cántaro.

* * *

La mujer quiere que todo se le dé hecho; hasta para darnos su amor nos obliga á que se lo hagamos previamente.

* * *

Siendo los niños los ángeles del hogar, los maestros de escuela deben vivir en el cielo. Por lo menos, muchos viven de milagro.

* * *

El marido más terco deja de serlo cuando sale de un baile con su mujer. Le carga *salirse con la suya*.



EL ALBUM DE ADELA.

Cada cosa tiene su época, y la época del álbum de versos pertenece á la época antigua.

En vano en estos últimos años se ha pretendido sacarlos nuevamente á luz disfrazados de abanicos; todo ha sido inútil. El abanico de versos ha tenido menos vida que el álbum, y uno y otro están amenazados de muerte.

Así sucede con todas las cosas en este pícaro mundo. Se saluda su aparición con entusiasmo, *hacen furor* más ó menos tiempo, y vienen á caer en la sima del olvido, ó en la del ridículo que es aun más espantosa. En esta última ha venido á dar el álbum de versos, y, dígame lo que se quiera, muy merecida la tiene.

Comprendo que se hagan versos á la mujer amada; que se ponga en las nubes su belleza; todo esto es muy santo y muy bueno. Pero escri-

bir poesías á mujeres que no hemos visto ni en estampa; llamar claros á unos ojos que pueden ser turbios; intitular perla á una Eva que á lo más tiene conchas; decir que es palma gentil quien puede ser jorobada; y, en fin, prodigar elogios que las más de las veces son verdaderos sarcasmos, es injusto, es intolerable, y hasta constituye un delito que debería tener su sanción penal en el código.

Y al hablar así no trato de eludir la parte de castigo que pueda corresponderme; nada de eso! Yo también, *in illo tempore*, he escrito renglones desiguales en álbums cuyas dueñas me eran desconocidas: no puedo hacer más pública confesión de mi falta. Absuélvame ahora el lector, si no halla inconveniente, en gracia á mi arrepentimiento.

Pero á la vez que recuerdo con pena el tiempo perdido en hacer versos para álbums, debo también declarar que la lectura de algunos de esos volúmenes me ha producido ratos deliciosos.

Uno, entre todos, dejó sus páginas tan grabadas en mi memoria, que bien puedo ofrecer al lector el contenido de algunas de ellas.

El álbum de Adela, que Adela era el nombre de su dueña,—una muchacha digna de mejor suerte en cuestión de versos—era un libro que deberían declarar de texto para lectura en las escuelas del reino. En sus páginas habían echado el resto unos cuantos poetas anónimos, y no acierto á comprender cómo la tal Adela no echó por la ventana semejante almacén de herejías.

Juzgue el lector; pero, antes de seguir leyendo, ármese de paraguas porque el aguacero que le preparo es terrible.

¡Agua vá!

«**A mi sobrina Adela.**

Que un tierno corderito comer quiera
 Todas las buenas flores y las malas
 Que cría Ceres y destruye Palas
 En toda la extensión de una pradera;
 Que eclipse un topo á una águila altanera,
 Y que venza una hormiga á un elefante
 Es quererte imitar en ser constante.»

¡Imitar es!

A la vuelta de la hoja que contenía la an-

terior octava *federal*, se veía la siguiente delicadísima

«Fábula.

LA CURIOSIDAD.

Un gato con suavidad
Se asomó á un postigo abierto;
Y ¿qué vió? ¡Otro gato muerto!
Esto es la curiosidad.»

¡Qué atrocidad! La curiosidad un gato muerto. Doblemos la hoja.

La vida campestre se intitulaba una *descomposición* poética que ocupaba siete páginas del álbum. En la imposibilidad de copiarla íntegra, ahí vá un trozo que no tiene precio:

«En otras ocasiones
Voy á Torrelodones
Por la tarde ó por la mañana
A casa de mi hermana Juana;
Y oigo al maestro dar lecciones

Y al párroco recitar sus oraciones
 Para que nos libre Dios de mal y de ladrones,
 Porque á ninguno le acomoda ni le conviene
 Que malvadamente le quiten lo que tiene;
 Y preguntando por uno y otro cura
 Que siguen sin novedad me responden con
 (finura;
 Y, al saber que todos gozan de buena salud y
 (buen trato
 De alegría de ello y de que todo está barato
 Me tiro contra un colchón y no me mato.»

Lector, ¿no te has quedado turulato?

Pues descúbrete ahora que habla una poeta:
 tisa:

«**A mi buena amiga Adela Perez.**

Hermana de corazón
 Te apellida en su ilusión
 El alma de amistad avara,
 Y serlo tuya declara

SALVADORA CARRION.»

¡Valiente declaración!

Otra quintilla, no menos inspirada que la

anterior, obra sin duda de algún émulo de Estrada, el famoso inventor de la poesía *pentacróstica laberíntica*, constituía el siguiente

«**Acróstico:**

—

V ngel de mis amores,
 D ivinidad celestial,
 E den de los trovadores,
 L os sonos de mis inspiraciones
 A coge por caridad ya.»

¡Ya!

Modelo de desenfado y de fuerza de inspiración, son los siguientes renglones, fruto sin duda de algún ingenio enamorado de Adela:

«**Mi aspiración.**

Quisiera ser el sol que alumbra el día
 Para besar tu candorosa frente;
 Aura quisiera ser y así podría
 A tu cuarto llegar secretamente.
 Cien coronas de reyes y de czares

No valen lo que un beso de tu amor;
Por eso yo te juro en mis cantares
Despreciar de la suerte los azares
Si calmas de mi corazón el fiero ardor.»

¡Lástima grande que el papá de la niña no calmara los ímpetus de este tenorio!

Por mi parte, calmo los míos y desisto de copiar más engendros poéticos.

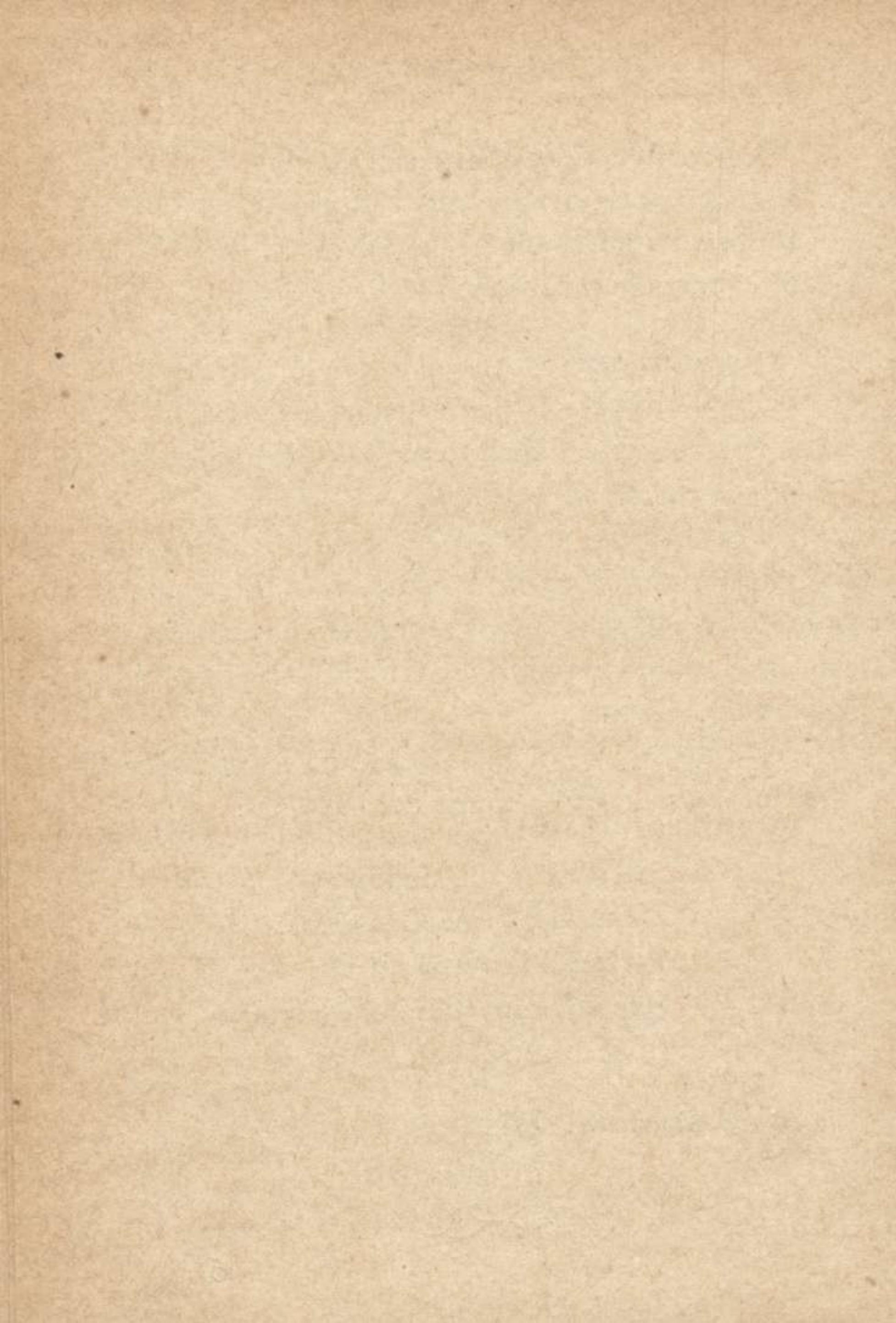
Practicando aquello de *odia el delito y compadece al delincuente*, compadece ¡oh lector! á la mal aconsejada Adela, cómplice inconsciente de aquel álbum criminal, y odia á los que en él pusieron su firma.

Para ellos, sin duda, escribió un inspiradísimo autor dramático la siguiente quintilla:

Esta canalla maldita
De autores, merece palos,
Porque á la verdad irrita
Que una niña tan bonita
Inspire versos tan malos.

¡Y basta de versos!





LA GRAN REVOLUCION.

ACABO de leer el suelto en *La Correspondencia*, y se me ha caído el periódico de las manos.

Había leído la misma noticia otras veces, en diversas épocas, pero siempre dudé que se llevara á cabo una revolución tan completa en España, tierra clásica de la tradición.

Esta vez, sin embargo, parece que la cosa va de veras, y la inminencia del peligro me llena de sobresalto.

El suelto es terminante: «Desde 1.º de Enero próximo, será definitivamente obligatorio en toda España el sistema métrico decimal.»

¿Ha pensado seriamente el Gobierno en las consecuencias de esta disposición? ¿Ha calculado el desorden que va á llevar al seno de las familias? Yo creo que no, y tengo un *adarme*—¡aun

puedo decirlo!—de esperanza de que, antes de la época fijada, lloverán sobre el Congreso exposiciones con centenares de firmas, pidiendo que de sin efecto tan terrible resolución; y tal vez logremos nuestros deseos de continuar con las *arrobas* y los *cuartillos*, que es á lo que estamos acostumbrados, y á lo que estaban acostumbrados nuestros mayores.

Lo demás no tendría perdón de Dios.

Comprendo que el empleado tome su paga en pesetas y céntimos de peseta, por aquello de que «en el tomar no hay engaño;» y que los números de los periódicos cuesten una moneda de perro chico, en vez de una de dos cuartos, que al fin los periódicos dicen mil perrerías; pero no comprendo por qué, nosotros, descendientes de los héroes del 2 de Mayo, hemos de sujetarnos al meridiano de París, y hemos de *correr* las comas, aquí donde nadie sale de su paso. De iniquidad tan sin ejemplo protesto con todas mis fuerzas.

Planteado el nuevo sistema, ¡adios nuestro lenguaje! ¡adios nuestras costumbres! ¡adios la calma de nuestro hogar!

Abolidos los *piés*, ¿á dónde podremos dirigi-
rnos?

Abolidas las *varas*, ¿á qué quedarán redu-
cidas nuestras corridas de toros, que nos pre-
sentan ante el mundo como modelos de civili-
zación?

Abolida la *copa*, ¿qué será de los sombreros
de idem? Por necesidad, iremos de *gorra* á todas
partes, cosa muy natural, por cierto, toda vez
que seremos más pobres que las ratas, desde el
día que no podamos decir que tenemos un
ochavo.

La *vara* de la justicia tendrá que arrin-
conarse, juntamente con la *vara* de medir; y
los cabos de *vara* serán declarados cesantes
con el haber que por clasificación les corres-
ponda.

Nadie conocerá un terreno *palmo* á *palmo*,
y el que habite un *cuarto*, aunque sea cuarto prin-
cipal, si lo ofrece á sus amigos, no podrá ofrecer
más que dos céntimos de peseta aproximada-
mente.

Habrá nariz que sufrirá una cruenta mutila-
ción, para que su dueño no pueda quedarse con
un *palmo* de narices.

Una señora, que se llama *Librada*, ha con-

sultado con su confesor si podrá confirmarse segunda vez, en vista de que el Gobierno le suprime dos tercios de su nombre; y el confesor, que debe ser hombre de gusto, mirando á Librada, que es más fea que un tiro, ha opinado que debe suprimirse del todo.

La Iglesia va á tener que suprimir la hora de *tercia*; el Zodiaco suprimirá el signo de *Libra*, y los que recibimos cartas suprimiremos el *cuarto* del cartero.

La Academia de la lengua publicará sin pérdida de tiempo, una nueva edición de su diccionario, amoldando al nuevo sistema algunos adagios y locuciones familiares que están hoy en uso.

Entre tanto, no podremos decir que «más vale *onza* de sangre que *libra* de amistad»; ni que «los males entran por *arrobas* y salen por *adarmes*»; ni podremos «meternos en camisa de *once varas*»; ni oiremos decir que «no nos *libra* ni la bula de Mecco».

¿Y qué me dicen ustedes de los disparates que se oirán á cada paso, hasta que nos *soltemos* en la nueva nomenclatura?

Quinto habrá que asegure haberse *librado* de ir al servicio de las armas por faltarle cuatro

litros; y cocinera que, al ser reprendida porque presenta poca carne en la mesa, contestará del modo más natural del mundo: «no lo puedo remediar; he echado el *quilo* en el puchero».

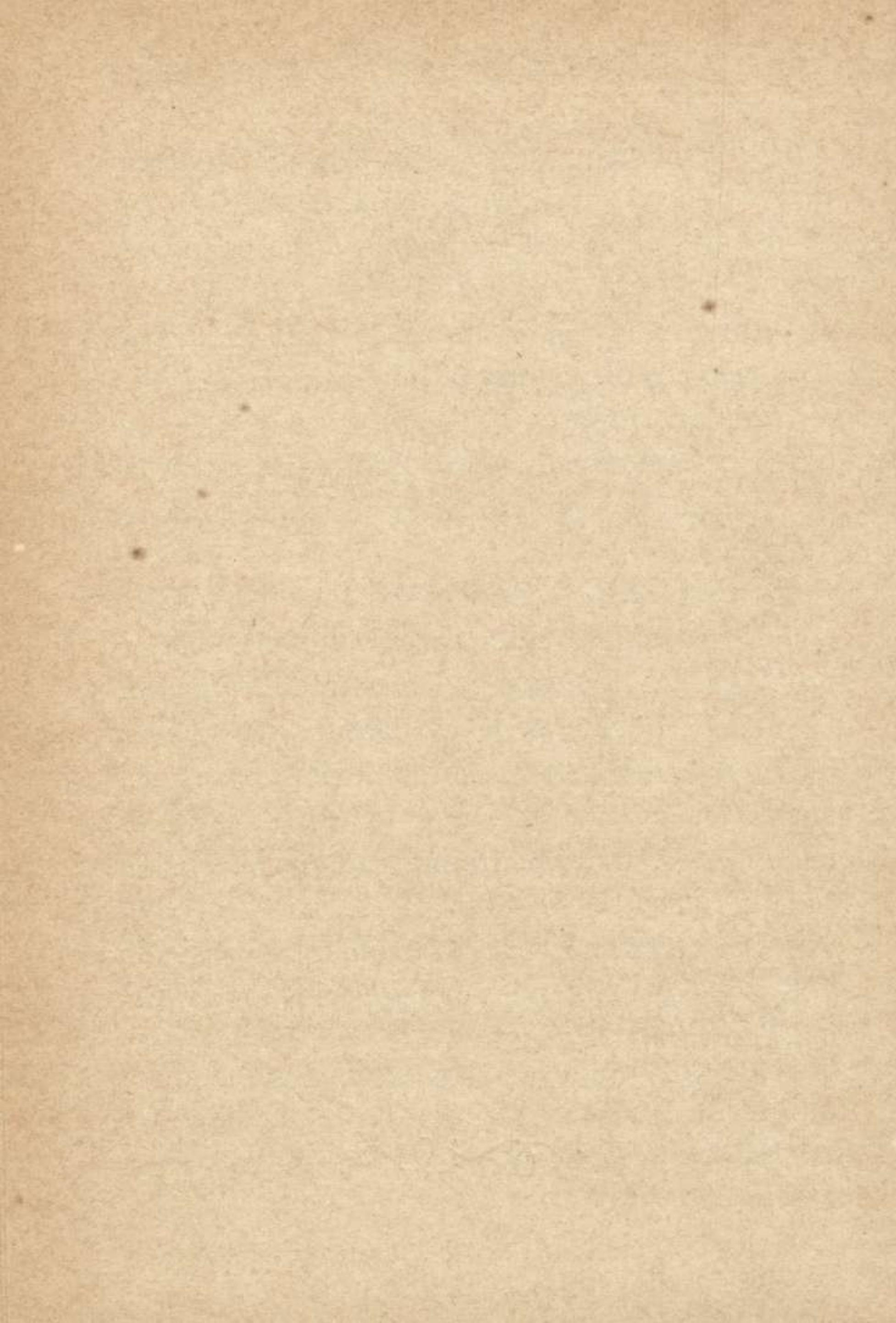
No creo necesario emplear otras razones de más *peso*, que acuden á mi imaginación, sin término ni *medida*.

Si, como creo y pido á Dios, mis conciudadanos toman una aptitud enérgica, aun tendrá el mal remedio.

Organícense comités; fúndense periódicos defensores de la esbelta *vara*, del modesto *ochavo*, de la sesuda *arroba*, de la estirada *legua* y de los demás individuos de esa familia que se halla amenazada de muerte; elévense exposiciones sin cuento, pónganse en juego todos los recursos imaginables, y aun podremos cantar victoria en toda la *línea*.

Por de pronto, para la primera exposición al Gobierno, cuenten los peticionarios con mi firma. Ahí vá:—C. LEMIN.





ADELFA

HISTORIA VULGAR.

ELLA era rubia como los ángeles de los retablos, y dulce y pura como los ángeles del cielo. Se llamaba Adelfa, y tan amargas como las flores de su nombre eran las horas de su vida.

Huérfana al nacer, no conoció el cariño de una madre. Albergada en casa de una hermana de la autora de sus días, sufrió desde la infancia todo género de contrariedades, gracias al carácter iracundo de la que debió servirle de madre en la tierra, y al poco afecto de los demás individuos de su familia. La pobre niña venía á pagar la falta de su madre, si falta puede llamarse el haber contraído matrimonio á disgusto de sus parientes.

Adelfa sufría mucho. Más de una vez, puesta de hinojos ante una imagen de la Virgen, llegó á pedirle la librara del peso de la vida, pues se sentía desfallecer al no ver el término de sus sinsabores.

Estos tuvieron un paréntesis.

Uno de los mozos más gallardos del pueblo se enamoró de Adelfa con todo el delirio de un corazón de veinte años, y Adelfa correspondió á aquél, dando á Miguel, que así se llamaba el apuesto joven, todo el tesoro de su cariño y toda la ternura de su alma.

Risueño y venturoso se ofreció á la enamorada pareja, desde entonces, el horizonte de la vida; pero bien pronto el soplo de la fatalidad deshizo el mundo de ilusiones que forjaron en su mente. La guerra que por aquella época ardía en las montañas del norte de nuestra patria, obligó al gobierno á exigir á la nación un nuevo tributo de sangre. Miguel tuvo que vestir el uniforme de soldado, y Adelfa vistió su alma de luto al separarse del hombre que tanto amaba y á quien quizá no volvería á ver.

Débil consuelo de sus penas fueron para la pobre huérfana las cartas que Miguel la dirigió, frecuentemente al principio y de tarde en tarde

después, dándole cuenta de la buena estrella con que había inaugurado su carrera militar, en la que antes de un año logró los galones de sargento. Estos triunfos no halagaban á Adelfa; su único anhelo era verle, verle pronto, y unirse á él para siempre

¡Pobre niña! En su inocencia no comprendía que no eran sólo los azares del campo de batalla los que podían matar sus soñadas venturas. La volubilidad del corazón de Miguel, que ella nunca sospechó, y la ambición que en él despertaron sus rápidos ascensos, fueron los mayores enemigos de su felicidad.

Pasó un mes, que fué un siglo para la enamorada joven, sin recibir noticias del dueño de su alma. En vano le escribió una y otra carta humedecidas con el llanto de sus hermosos ojos ¡Todo en vano!

—¡Miguel ha muerto!—exclamaba loca de amargura.

—¡Miguel ha muerto!—eran las únicas palabras que articulaban sus labios.

Su tía, por otra parte, hacía aun más angustiosa la existencia de Adelfa, obligándola á dar su mano á un viejo repugnante que en

más de una ocasión había solicitado su cariño.

No pudo resistir más.

Una noche, oscura y triste como el cielo de su alma, abandonó Adelfa la casa que le servía de albergue, y loca, febril, emprendió el camino por donde dos años antes había visto partir á Miguel. Quería ir á Logroño en donde estaba fechada la última carta que llegó á sus manos, y aunque sola, sin recursos y teniendo que atravesar una distancia de más de ochenta leguas, juzgaba imposible la realización de su deseo, la fé que iluminaba su alma le dió aliento y siguió adelante su camino.

Una tarde de Noviembre de 1875, una mujer llena de harapos, pálida, demacrada y con los piés ensangrentados, después de recorrer casi todas las calles de Logroño, preguntando inútilmente por el hombre que creía muerto, alzó al cielo los ojos buscando consuelo á sus amarguras, y al bajarlos desalentada y triste llamó su atención una casa de lujosa apariencia, en uno de cuyos balcones distinguió á un joven oficial del ejército y á su lado á una mujer también joven con quien conversaba, reflejándose en el semblante de ambos la alegría.

Adelfa, que no era otra la testigo de esta escena, sintió que un agudo puñal traspasaba su pecho, y, dando un ¡ay! desgarrador, cayó desplomada sobre las piedras del suelo. Había reconocido á Miguel en el joven oficial.

En aquel momento abandonaron éste y su compañera el balcón sin darse cuenta de lo ocurrido en la calle, y sin ver tampoco como unos transeúntes levantaron el cuerpo de Adelfa, que no daba señales de vida, y lo condujeron al hospital.

Allí volvió en sí Adelfa, y allí también supo que Miguel, futuro esposo de la joven del balcón, iba á unirse á ella al siguiente día. Aquella horrible nueva pareció devolver la calma á su espíritu, pero fué la imponente calma que precede á las grandes tempestades.

Salió del hospital, y con paso vacilante se dirigió á la casa que servía de alojamiento á Miguel, cuyas señas le facilitaron unos soldados que encontró en la calle. Llamó á la puerta, y un ordenanza la condujo á la estancia del oficial. Este, al reconocer á Adelfa, dejó escapar un grito, pero bien pronto se repuso y, fingiendo no conocerla, le preguntó el objeto de su visita.

Adelfa, inmóvil como la estatua del dolor, pronunció con voz apagada estas palabras:

—¡Mírame por última vez á tu lado! Reconoce estos ojos que tantas lágrimas han derramado por tí, por tí, único sér que me ha amado en este mundo; estos labios que tantas oraciones han alzado á la Virgen para que te librara de todo peligro.... Pero, no, no me mires; mi vista te infundirá el terror que inspiran los muertos, y yo no debo turbar tu felicidad. No te maldigo: te perdono. Soñé un mundo de dichas con tu amor y ya he despertado de mi sueño. Sé dichoso, mientras yo busco en otro sueño el consuelo de mis penas.

Y esto diciendo, salió de la estancia tapándose los ojos con las manos, y, una vez en la calle, rompió á llorar amargamente.

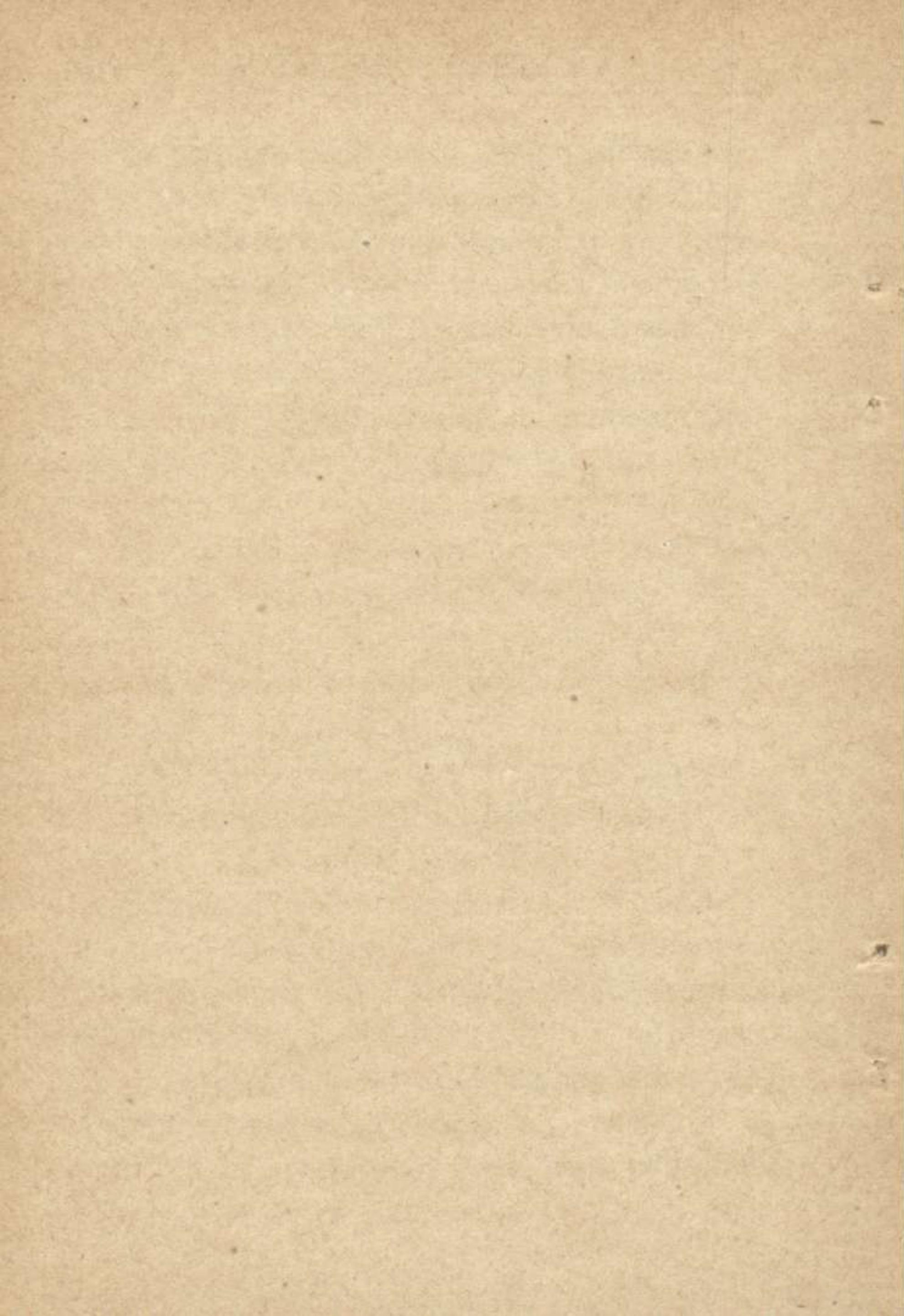
Miguel, por su parte, sin poder dominar su emoción, quiso seguir á Adelfa, quiso pedirle perdón por su criminal olvido, pero se detuvo al ver entrar en la habitación al padre de su prometida. Su vista le hizo creer que había sido víctima de una pesadilla.

Al siguiente día, al mismo tiempo que se celebraba la boda de Miguel en una de las iglesias

de Logroño, cuatro hombres conducían en una camilla al depósito del cementerio el helado cuerpo de una mujer que la noche antes se había arrojado al río.

Las dulces ondas del Ebro prestaron á Adelfa el consuelo que le habían negado las amargas ondas del mar de la vida.





UNA Y NO MÁS

POR fortuna ha pasado su época.
Me refiero á la época del álbum de versos.

Hace algunos años, solo las señoras de poco más ó menos carecían de ese volúmen apaisado, en donde, alternando con composiciones de literatos eminentes, se leían renglones desiguales de poetas muy conocidos... en sus casas.

Eduardo pertenecía á estos últimos. Estudiante de medicina allá por el año 1864, vivía en la calle del Codo, en una casa de huéspedes muy acreditada... de matar de hambre al infeliz que en ella buscaba alojamiento.

Eduardo había nacido *para* poeta, según le habían dicho repetidas veces en su pueblo,—un pueblo de pesca,—el maestro de escuela, el sere-

no y el sacristan, tres funcionarios distintos y un solo hombre verdadero.

Pero Eduardo, en la corte, era un tesoro escondido, y en vano trataba de conseguir por todos los medios imaginables que sus desahogos poéticos aparecieran en las columnas de los periódicos. Esta contrariedad, léjos de curarle aquella monomanía de darse á conocer entre la gente de letras, servía para alentarlo más y más; pues, como solía decir á D.^a Mónica—su patrona,—tenía por cierto que la senda de la gloria está empedrada de desengaños, y que no se llega al templo de la inmortalidad sin sufrir amargas decepciones.

D.^a Mónica, que era la mujer más tonta del mundo, á pesar de sus cincuenta años, de sus cincuenta dolencias y de su incurable viudez, aún se creía capaz de inspirar amor, ó cosa por ese estilo; y encontrando muy aceptable á Eduardo, empezó á distinguirlo entre los demás pupilos, y á pedirle con empeño que le leyera sus coplas, á lo que accedía de buen grado el vate de la calle del Codo, alentado por las exageradas alabanzas de aquella estantigua.

Eduardo no sospechó el verdadero móvil de

aquellos elogios. Los atribuyó únicamente al mérito de sus versos, y más de una vez, al lamentarse la patrona de no ser rica para poder costearle la impresión de sus obras, la abrazó agradecido como si abrazara á su abuela.

Una tarde que Eduardo conversaba con D.^a Mónica, lamentándose de no encontrar quien le diera á conocer ante el público, le ocurrió á aquella nueva Mecenas una idea luminosa.

Recordó que entre los varios huéspedes que se le habían marchado sin pagarle se encontraba un poeta, cuyas obras *hacían furor* por entonces en los teatros de segunda fila. A él apeló, y no en vano, D.^a Mónica, obteniendo en su primera entrevista, á cambio de olvidar la trasnochada deuda, formal promesa de presentar á Eduardo á varios periodistas amigos suyos. En otra visita que le hizo al día siguiente, consiguió más: un autor dramático le entregó el álbum de cierta señorita, en cuyo libro él había puesto ya unos versos, encargándole que Eduardo depositara en alguna de sus hojas las primicias de su inspiración.

Cuando D.^a Mónica entregó el libro á Eduardo, le proporcionó indescriptible alegría, y acto

seguido el poeta en ciernes se encerró en su cuarto para ver de escribir algo que fuera la base de su futura reputación.

Repasó una por una las páginas de aquel muestrario de versos, y desde luego supuso que la dueña del álbum sería una divinidad al leer seis poesías dedicadas á sus ojos, tres ó cuatro á su boca, otras tantas á sus cabellos y no menor número á su corazón y á sus virtudes.

Buscando pié para su composición se le vino á la mano el pié de la interesada, y á esa extremidad de su desconocida dedicó unas quintillas que eran la quinta esencia de lo malo. En ellas hizo mil elogios de aquel pié que calificó de diminuto, llegando á afirmar que al moverlo con gracia y ligereza dejaba huella invisible en las alfombras y en las flores.

Satisfecho de su obra, devolvió el álbum á D.^a Mónica, esta lo hizo á su ex-huésped y éste, por último, sin leer siquiera la producción de Eduardo, lo mandó á la interesada.

Al día siguiente, el novio de esta envió á Eduardo dos padrinos para concertar un duelo por la ofensa que había recibido su futura con los versos del poeta novel.

Eduardo protestó, pero no le valieron coplas, y en el terreno del honor, su contrario le atravesó el pecho de una estocada que le puso á las puertas de la muerte.

Una vez restablecido de su percance, lo primero que pensó fué ahogar á D.^a Mónica, causa inconsciente de su desafío; pero al fin se contentó con marcharse de su casa para siempre.

Hoy, curado de sus aficiones poéticas, cuando alguien le habla de versos para algún álbum, siente erizarse sus cabellos, y sus labios murmuran estas sacramentales palabras: «¡Una y no más!»

Calculo que habrán comprendido ustedes lo que motivó el desafío de Eduardo; pero, por si no lo han adivinado, se lo diré en secreto:

La dueña del álbum.... ¡era coja!





DECEPCIONES.

I

DESENGÁÑATE, chico—me decía hará una docena de años mi amigo Cristóbal, oyéndome ensalzar á Matilde, que me tenía sorbido el seso;—siguiendo con esas ilusiones, llevarás á granel los desengaños, y es seguro que cuando caigas de las alturas á que el idealismo te eleva, no lograrás curar tus contusiones con toda el árnica del mundo.

—¡Qué palabrotas!—decía yo mentalmente. —¡Arnica! ¡Contusiones! No se expresaría de otro modo el más prosáico mancebo de botica.

Y continuaba Cristóbal:

—La vida real, que tanto detestas, áun mi-

rada con ojos vulgares tiene encantos más verdaderos que los que forja tu fantasía. No te alimentes de sueños, que los sueños casi nunca se convierten en realidades. Entra en nuestro mundo; resignate á vivir como vive cada hijo de vecino, y no pretendas crear un mundo nuevo para tu uso particular. Vé en la mujer que amas, no un angel emigrado del cielo con el sólo objeto de hacerte feliz, sino un sér de carne y hueso, que te ama, que te adora, todo lo que tu quieras, pero que come, que duerme, que piensa en la Vicaría, y que tiene las mismas debilidades que todas las demás mujeres, desde Eva, cuyo amor á la prosáica manzana le hizo perder un paraíso, hasta mi patrona, cuyo amor á las *medias tostadas* le hizo perder más de un huésped. No te rías, ni echés en olvido mis consejos; tarde ó temprano opinarás como yo.

¡Y qué razón tenía Cristóbal!

Hoy soy más, mucho más prosáico que él. Creo en la mujer.... hasta cierto punto, y en punto á amor, sólo creo en el de la lumbre, única llama que llega á lo vivo. ¡Tal cambio han operado en mí las decepciones que he sufrido por las hijas de Eva!

Y para que no se crea que exagero, ahí va la historia breve y compendiosa de algunas de ellas.

II

Matilde, aquella muchacha de que hablé á Cristóbal, era una malagueña de ojos de fuego, con unas manos tan lindas que daban pié para cualquier cosa, y unos piés tan diminutos como no han salido otros de manos del Criador. Tenía veinte años, un lunar en la barba como una gota de tinta, y una madre tan antipática que no tenía precio para suegra.

Nuestros amores, mantenidos con sin igual constancia durante tres meses, iban á sufrir una prueba terrible: la separación.

Lágrimas, juramentos, un conato de desmayo, y cuantas pruebas puede dar una mujer enamorada al separarse de su novio, me dió Matilde la tarde de nuestra despedida.

Faltaba escasamente media hora para zarpar del puerto de Málaga el vapor *Riffeño* en que debía embarcarme, y Matilde, al darme el último adios, me dijo:

—He querido que lleves en tu viaje un recuerdo más de mi amor, y esta mañana yo mis-

ma he hecho una cosa para tí, sólo para tí. No he querido dártela porque me causaba vergüenza, pero en el muelle te aguarda con ella mi criada, cuando la lleves á tus lábios, ¡piensa en tu Matilde!

Le dí las gracias por lo que juzgué sería un pañuelo con mis iniciales, ó algun ramo de flores,—aunque no me esplicaba su vergüenza tratándose de recuerdos tan inofensivos,—y, después de hacernos cien promesas, me separé muy conmovido de la reja de Matilde, porque la verdad era que estaba enamorado de aquella mujer.

Cerca de la aduana distinguí á la doméstica con un bulto blanco; lo tomé, le dí una propina, y.... ¡quedé aterrado! ¡Tenía en mis manos un pan como de tres libras envuelto en una servilleta.

¡Ya pareció la prosa!

Escuso decir que el pan fué al agua, y al agua fué también mi amor.

III

Emilia era lo que se llama una perla. Rubia como un ángel y sensible hasta la exageración,

pasaba su vida entregada á Campoamor y á Grilo, es decir, á sus versos, con harto dolor de doña Martina, su mamá, que en vano se esforzaba en demostrarle las bellezas de la costura y los encantos del arte culinario. Esta repulsión á la prosa aumentaba á mis ojos el mérito de Emilia. Una mujer que se mantenía con versos, y que á más de esta circunstancia tenía la de ser bonita y la de morirse por mí, según solía decirme, era la realización de mis sueños, y por eso veía en Emilia mi media naranja, la otra mitad que completaba mi sér. Se me olvidaba citar un detalle que probaba más y más su refinado odio á la prosa; vivía en la calle de la Redondilla; como si dijéramos, vivía en verso.

Yola amaba, ella me amaba, y si alguna vez le manifestaba mis temores de que pudiera olvidarme por otro, me decía con trágica entonación:— Tu has sido y serás mi primero y mi último amor; olvidarte sería la mayor de las vulgaridades; y yo no soy una mujer vulgar.

Y así pasábamos la vida, sin que yo sospechase nunca el cómico término de nuestros amores.

Una noche, víspera de San Isidro, le propu-

se que á la mañana siguiente fuéramos con doña Martina á la célebre romería que saca de quicio á los madrileños; y ella se opuso, fundando su negativa en tener que ir con su mamá á hacer unas compras que le encargaban unos parientes de Cuenca. No insistí, y nos despedimos, como de costumbre, hasta la noche siguiente.

Cuando me desperté al otro día, me encontré sorprendido con una papeleta de citación para el juzgado de paz del distrito. Creí que sería una equivocación, pues me hallaba inocente de toda culpa; pero al leer una y otra vez mi nombre y apellido, no tuve más remedio que disponerme á acudir al juzgado, so pena de pagar la multa de no sé cuantos reales con que se me amenazaba si no acudía al llamamiento.

Dar con el juzgado de paz fué para mí obra de romanos; pregunté á un mozo de cuerda, y me encaminó á la calle de la Paz; interrogué á un municipal, y me dió las señas del Tribunal Supremo; y por fin, después de recorrer calles y calles, di con mis huesos en el juzgado. Una vez en él, tuve que esperar más de dos horas que terminaran varios juicios de faltas; y cuando me

llegó el turno, conocí que había sido víctima de una broma sangrienta, pues ni en el juzgado tenían noticias de mi humilde persona, ni la tal citación era otra cosa que un papel sin sello alguno, como me hizo ver uno de los escribanos, riendo á mandíbula batiente.

Sali á la calle corrido como una mona, y tan preocupado y tan fuera de mí me encontraba, que, á no detenerlo á tiempo el auriga, me hubiera atropellado en medio del arroyo un coche de alquiler. Al darme cuenta del peligro, levanté los ojos y... no puedo explicar lo que por mí pasó. Dentro de aquel funesto vehículo distinguí á Emilia, riendo á carcajadas, al lado de un hombre gordo y colorado como un pimiento marrón. Maldije á Emilia, maldije mi suerte, y me acordé de Cristóbal.

Algún tiempo después, la criada de D.^a Martina me acabó de abrir los ojos. Por ella supe que Emilia, queriendo alejarme de su casa para poder ir libremente á la romería con el hombre gordo, hizo que éste escribiera la papeleta de citación que yo recibí, y mientras me hallaba desempedrando calles, ellos se burlaban de mi candidez; supe también que á los pocos días se

había casado Emilia con su acompañante, que era prestamista sobre ropas en buen uso.

¡Oh poder de la prosa!

IV

¡A las tres va la vencida! dije, y me enamoré de Lola, una gaditana de la calle de la Zanja, que pronunciaba el nombre de su calle con una gracia y un tonillo que daba gozo oírlo.

Sencilla y cándida como sueño de monja, logró cicatrizar las heridas que sus dos antecesoras abrieron en mi corazón; y, cuando, olvidados mis últimos desengaños, me creía feliz con su cariño, me dió el golpe de gracia.

Una noche que me dirigí á su casa, la encontré... ¡pelando la pava con un alférez del banderín de Ultramar!

V

Después de estas *prosas*, ¡el que sea guapo que me venga con *poesías*!



OTRO DRAMA NUEVO

I

UNA noche de Enero de 1863 llegué en el *express* del Norte á la estación de la puerta de San Vicente en Madrid, de regreso de Segovia. La coronada villa no me era entonces muy conocida, y no sabiendo á dónde dirigir mis pasos, acepté los buenos servicios del primer *gallego* que se me presentó. Este, echando sobre sus fornidos hombros mi maleta, me condujo á una casa de huéspedes de la calle del Lobo.

Una vez allí, quedé instalado en una habitación algo parecida á una grillera, previa la presentación á D.^a Mariquita, que así se llamaba la patrona, y ajustadas entre ella y yo las condiciones de pupilaje. Acto seguido despedí al gallego, el cual bajó la escalera, no sin asegurarme

antes que quedaría muy contento de la casa, pues la *señora* era paisana suya é hija de uno que fué Corregidor de Lugo, y que, en cuanto á tranquilidad, no encontraría casa igual en todo Madrid.

El cuarto que ocupé se componía de una sala microscópica y de una alcoba más microscópica todavía, y su mobiliario era sumamente modesto y escaso. La habitación era, en cambio, abundante en puertas: cuatro, nada menos, conté cuando me quedé solo. La primera comunicaba con la antesala, la segunda con una galería, la tercera daba paso al comedor, y la cuarta, que era de cristales, prudentemente cubiertos con unos visillos de color indefinible, se encontraba cerrada y supuse comunicaría con la habitación de algún otro huésped.

Después de esta ligera revista me acosté, dispuesto á descansar profundamente, pues el viaje había sido abundante en peripecias y mi cuerpo estaba harto molido y fatigado.

II

Dos horas próximamente llevaría gozando de las delicias de Morfeo cuando un rumor extra-

ño llegó á mis oídos y me hizo incorporar en la cama. Abrí los soñolientos ojos y vi iluminada, á través de los cristales, la habitación inmediata á la mía, al mismo tiempo que escuché las siguientes palabras, que me erizaron el cabello:

—¡Mátala! ¡mátala!—decía una voz estentórea.—Su última hora ha sonado. ¿Qué te detiene? ¿Vacilas? Pues bien, ¡morireis los dos! ¡Toma!...

Y al decir esto debieron dar algo, pues yo percibí claramente un ¡ay! de dolor de la presunta víctima.

Otra voz dulce, apenas perceptible, que juzgué sería de mujer, exclamó:

—¡Piedad! ¡Piedad, padre mío! ¡Matad me; pero perdonad á mi hermana, que es inocente!

—¡Inocente, dices!—continuó el de la voz estentórea.—¡Mira, mira estas cartas y muérete de vergüenza!

Siguió una pausa.

Yo abrí los ojos cuanto pude, creyendo era un sueño lo que acababa de oír, y el silencio que volvió á reinar en la habitación vecina, comenzó á tranquilizarme.

Volví á apoyar mi cabeza en la almohada, y cuando estaba á punto de reanudar mi interrumpido sueño, nuevas voces, más terribles aun que la primera vez, me hicieron incorporar precipitadamente.

El iracundo vecino exclamaba:

—¡Hé ahí la víctima primera de mi venganza! Contemp'a el cuadro que tienes á la vista y llora lágrimas de sangre. Dentro de una hora, cuando los criados penetren en esta habitación, encontrarán solo tres cadáveres. Tus momentos, como los míos, están contados; ¡el veneno producirá en breves instantes sus terribles efectos, y todo habrá concluido!

—¡Socorro! ¡socorro!—exclamó la voz débil;—¡morir cuando todo me anunciaba amor y dicha!...

—¡Calla! ¡Calla, ingrata! Tal vez tu cómplice nos escucha; tal vez tras esa puerta nos está espiando... pero todo es inútil. Conozco sus propósitos y pronto caerá en el lazo. Sé que ha llegado hoy á Madrid....

No pude resistir más. En la habitación inmediata se estaba cometiendo un horrible crimen, y yo, sin saber cómo, estaba complicado en él.

Salté de la cama, y cogiendo mi rewólver, me arrojé con tal ímpetu sobre la puerta de cristales, que, rompiéndose el pasador que cerraba sus hojas, estas se abrieron y penetré en aquella mansión del crimen, no sin derribar á mi paso un velador y con él la bujía que iluminaba aquel cuadro. Todo quedó en tinieblas.

Entonces el hombre cuya voz pocos momentos antes había pronunciado tres sentencias de muerte, abrió precipitadamente un balcón que daba á la calle y empezó á gritar:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

—Silencio—le dije enseñándole el rewólver, que debía distinguir gracias á la débil luz que entraba de la calle.

Mi hombre se contuvo.

—Soy—continué diciéndole,—un hombre pacífico, que, ocupando como huésped la habitación inmediata, he podido enterarme de sus crímenes. El corazón de usted debe ser de piedra cuando permanece tranquilo en esta morada de la muerte.

Mi desconocido soltó una carcajada y yo empecé á temblar creyendo encontrarme en la morada de un loco. Encendí entonces la bujía, y

al mirar en mi derredor ví con sorpresa que nada revelaba las sangrientas escenas que habían tenido lugar.

—Dispense usted— me dijo el desconocido, — la mala noche que ha pasado por mi causa. Creí seguía desocupada la habitación contigua, y sin temor estaba declamando el acto primero de un drama nuevo, de que soy autor. Al decir estas palabras me enseñó un desordenado volúmen de cuartillas manuscritas.

—Mi drama—continuó—se titula: *Inés la desgraciada ó Terribles consecuencias de un purísimo amor contrariado*. Algunos envidiosos dicen que el título no va á caber en los carteles, pero yo presumo que menos cabrá la gente en el teatro cuando mi obra sea conocida. Tiene escenas verdaderamente conmovedoras.

—En cuanto á eso—le dije,—puede usted estar satisfecho. Esa escena de los envenenamientos hará llorar á las bambalinas.

Después de algunos ofrecimientos de mútua amistad y decidido á echar la noche á perros, me resigné á oír á boca de jarro la lectura del drama en la que su autor empleó cuatro horas.

Ya brillaba el día cuando me retiré á mi habitación, y me dormí.

III

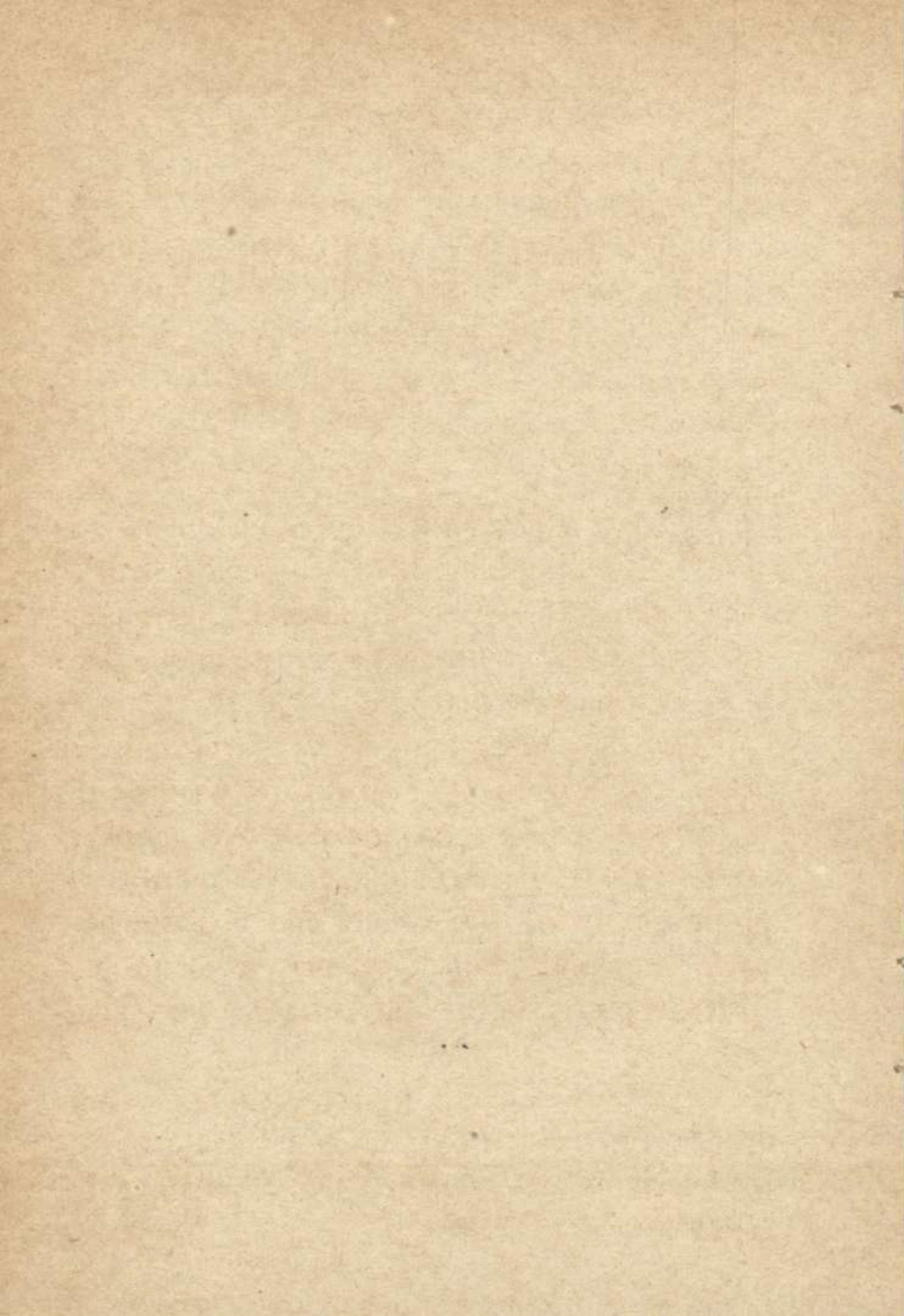
Dos meses después de aquella memorable noche, leyendo un periódico de noticias, me encontré con el suelto siguiente:

«Anoche presenciaron los concurrentes al coliseo de la plaza de la Cebada la silba más estrepitosa que registran los fastos teatrales. Se estrenaba un drama en seis actos, original de D. N. N., conjunto tal de desatinos, que el público, al terminar las primeras escenas en las que quedaban fuera de combate tres personajes de la obra, prorrumpió en voces y silbidos, teniendo que darse por terminada la función. Nosotros creemos, como dice Moratin en una de sus comedias, que obras de la índole de la de anoche debieran representarse en la Plaza de Toros.»

IV

Al concluir la lectura del suelto me sonreí involuntariamente.

El público del teatro de Novedades, al castigar al mal autor, había castigado también al mal vecino.



UN GENIO ANONIMO.

No sé si por mi fortuna ó por mi desgracia, huyendo de los calores de Madrid, decidí pasar el verano último en L., un pueblo que bien pudiera llamarse de pasca, aunque dista muchas leguas del mar y no tiene río.

Nada hay en L. digno de llamar la atención del viajero, y oscuro y olvidado vive y viviría del resto de España, á no contar entre sus pocos vecinos un genio anónimo, cuyos méritos me propongo dar á los vientos de la publicidad para tormento de doctores más ó menos Garridos, y gloria de curanderos más ó menos rurales.

El génio en cuestión no tiene ningún título académico ó, si le tiene, lo oculta con esquisita modestia, dejándose llamar lisa y llanamente *el tío Diego*.

Cuando sus convecinos dan,—y dan constantemente—en la flor de elogiarlo, lo dejan á uno turulato. ¡Qué talento y, sobre todo, qué manos debe tener el tío Diego! Lo mismo estirpa un ojo de pollo que un ojo de la cara; lo mismo corta una calentura que una pierna; y lo mismo *saca* el sol de una cabeza que una muela ó dos de una mandíbula.

Yo he tenido ocasión de conocer á este rey de los curanderos, y confieso ingénuamente que su amistad me ha proporcionado ratos deliciosos.

Hablando de lo conveniente que es atender á los males desde su principio, me dijo una tarde.—Por haberme llamado á tiempo, ¡á cuántos enfermos, á cuántos, he librado del patíbulo!

Hombre chapado á la antigua, compadece desdeñosamente á los admiradores de la doctrina de Hahnemann, y más de una vez le he oído exclamar:—Los *lóbulos homopláticos* son la carabina de Ambrosio, y los medicamentos en pequeñas *diócesis*, pamplinas y nada más que pamplinas.

Á menudo emplea palabras cuyo significado desconoce.

—Póngase usted unos *estimulantes* que obren como *derivativos*, y beba agua *ligeramente saturada* de magnesia, ó *adulterada* con cremor; —me dijo en una ocasión que me quejé de dolor de cabeza; —y si no cede, será preciso hacerle una *evacuación tópica*

Á imitación de los grandes médicos, sólo en casos graves visita á los enfermos en sus casas. En el zaguan de la suya tiene establecida una especie de consulta pública que es lo que hay que ver y lo que hay que oír.

—Este muchacho, —me decía una mañana, mientras reconocía á sus enfermos, —tiene un enorme *pasadizo* en el dedo *délice*; aquel infeliz padece dolores *románticos*; el que está á su lado tiene *escórfulas*; el de más allá sufre una *ilusión de demencia*; á esa mujer la voy conllevando el flato *histórico*, gracias á los *infusorios* de malvas.

Et sic de cæteris.

Fuera de lo que él llama su facultad, tampoco se muerde la lengua el tío Diego.

En el ejercicio de su cargo de mayordomo

de un señor de Madrid que posee algunas fincas en L., lo encontré un día caminando muy de prisa hácia una casa de campo próxima al pueblo, y al querer detenerlo me dijo:—No puedo perder momento, pues voy á medir unas tierras en cumplimiento de una *real orden* de mi amo.

—Tengo asegurada la salud pública,—le decía una vez al Alcalde;—en el pueblo hay ahora una *epidemia* de salud.

Aficionado en extremo al arte pictórico, afirma que no ha de morirse sin hacer un viaje á Madrid con el único objeto de visitar el *mausoleo* de pinturas.

Hablando de la invasión sarracena, asegura que los moros entraron en España por el Fijo de Ceuta.

Es partidario de la ley sálica, por creer que á ella se debe el desestanco de la sal, y califica de inhumanas las leyes de Toro, suponiéndolas protectoras del arte de Pepe-Hillo.

Mucho más pudiera decir del tío Diego, pero para muestra ya hay bastantes botones.

Un rasgo antes de concluir.

En los últimos días de mi estancia en su

pueblo, una muela me proporcionó malísimos ratos, y con objeto de que me la sacara acudí al inclito tío Diego.

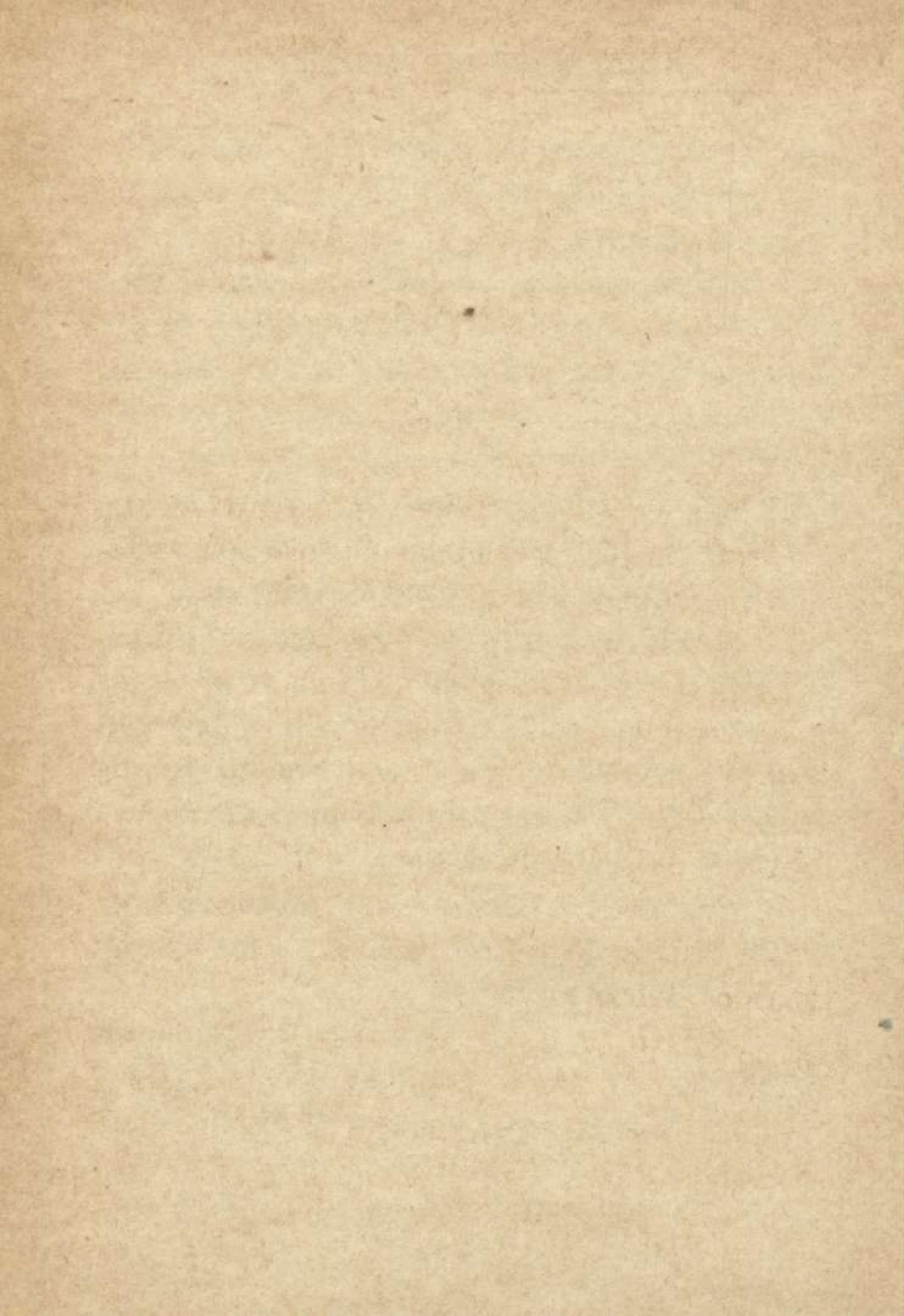
La examinó mi hombre, me sentó en un banco, aplicó el gatillo á la parte dolorida, llamó á su mujer,—que era una montañesa como un templo,—y gritándola «¡aprieta, Paca!» antes de que pudiera escaparme de entre sus manos, se colgó la tal Paca del extremo del terrible hierro; y al cabo de algunos segundos, que me parecieron siglos, saltó hecha pedazos mi muela á la vez que algunos no despreciables fragmentos de mandíbula.

Cuando le increpé duramente por semejante atropello, me contestó con la mayor naturalidad: —Yo no hago más que marcar la posición de la *herramienta*; para *apalancar* está mi mujer.

Rasgos de esta especie no necesitan comentarios.

¡Ni dentistas!





BUSCANDO CASA.

SE empeñó su mujer en cambiar de domicilio, y González no tuvo más remedio que echarse á la calle en busca de casa.

El primer cuarto en cuyos balcones vió papeles, fué un piso segundo de una de las calles más céntricas de la coronada villa; y enterado por la portera de que el dueño vivía en el principal, tiró de la campanilla y un criado le hizo pasar al despacho de su señor.

Era éste un hombre bajo, rechoncho, de mala cara y de peores hechos, como ustedes mismos podrán juzgar.

—¿Qué se le ofrece á usted?—le dijo sin levantarse del sillón en que estaba arrellenado, ni quitarse el gorro que cubría su mal disimulada peluca.

—Se me ofrece,—le contestó Gonzalez, em-

pleando el tono más humilde que pudo,—enterrarme de las condiciones de alquiler del piso segundo de esta casa.

—Tome usted asiento, y sírvase contestarme á algunas preguntas que tengo necesidad de hacerle.

—Estoy á su disposición.

—En primer lugar, ¿vive usted actualmente en la corte?

—Si señor; Tabernillas, 90, tiene usted su casa, con permiso de mi casero.

—Entonces, ¿porqué trata usted de mudarse de ella?

—Diré á usted; yo soy casado.

—¡Malo!

—Malo, no señor; me precio de ser un buen marido, aunque me está mal el decirlo.

—No lo digo por eso, sino porque es probable que tenga usted hijos.

—Nada de probable, no señor; es fijo que tengo siete que son el encanto de mi casa... cuando están en el colegio.

—¡Hombre! ¿Y á dónde vá usted á parar?

—Cuando voy á Cuenca que es mi país, y

el suyo si lo quiere, voy á parar á casa de una hermana de leche de mi suegra.

—¿Se está usted burlando de mí, caballero?

—Nada de eso; contesto sencillamente á su pregunta.

—Bien, déjese de rodeos, y dígame porqué pretende mudarse de casa.

—Es un secreto de familia, pero puesto que me obliga usted á revelárselo, va usted á saberlo. Mi mujer es muy celosa, mucho, y ahora se le ha metido en la cabeza que la vecina del tercero y yo... ¿comprende usted?

—Sí, sí; adelante.

—Pues bien, porque esta mañana me vió hablando con ella desde la ventana del comedor, precisamente cuando me asomé para preguntarle dónde estaban las Cuarenta Horas, me ha acusado las cuarenta y hasta ha llegado á decirme que ó nos mudamos de casa, ó se marcha á Cuenca con la hermana de leche de su madre.

—¡Tiene gracia!

—No señor; maldita la gracia que tiene la tal hermana. En fin, el caso es que no tengo más remedio que dejar mi casa de la calle de Taber-

nillas, y por eso deseo ver si me acomoda la que usted alquila.

—¿De qué vive usted?

—¡Hombre! ¿Á usted qué le importa!

—¡No ha de importarme! ¿Es usted empleado?

—Si señor, en la Deuda con doce mil reales, pero la dicha hermana de leche de mi suegra nos dá otros doce mil, y vamos tirando.

—Dijo usted que tenía siete hijos. ¿De qué edad son?

—Le diré á usted: dos son de cuatro años, dos de cinco, y tres de siete.

—No me lo explico.

—Ni yo tampoco; quien se lo explica es un óptico de mi calle que atribuye á que usa gemelos mi esposa, el abuso que hace de los gemelos.

—¿Gozan, ustedes, de buena salud?

—Á Dios gracias.

—De modo que no estando enfermos á menudo estarán ustedes y los chicos pisando sin cesar los suelos.

—¿Pretende usted acaso que andemos por el aire?

—No señor, pero un inquilino baldado es el bello ideal de un casero.

Gonzalez al oír ésto estuvo tentado de tirarle cualquier cosa á la cabeza, pero dominándose siguió aguantando aquel aguacero de preguntas.

—¿Tiene usted criado?

—Si señor.

—¿Y acostumbra á ir á la compra con cesta?

—Supongo que sí.

-- Esa costumbre es fatal; con las cestas, al bajar y al subir, se arañan las paredes de la escalera, y no hay material que resista ese roce continuo. En fin, si usted me ofrece solemnemente no hablar con ninguna vecina, poner internos á los chicos y suprimir las cestas de la compra, diré á usted las condiciones del alquiler. En primer lugar....

—En primer lugar,—interrumpió Gonzalez,—ni me acomoda usted, ni su casa, ni hay paciencia que le aguante. Váyase usted á donde fué el padre Padi...

—¡Y usted á paseo!

—¡Insolente!

—¡Abur!

Y Gonzalez salió pitando.

Siguiendo su empezado *via crucis*, fué á ver al dueño de otro piso que tambien se alquilaba.

—Deseo ser inquilino de su cuarto de la calle de la P'ola, — le dijo Gonzalez por via de salutación.

—Poco á poco, caballero; —le contestó, — vamos por partes, porque yo soy muy formal en todas mis cosas, y me gusta que los inquilinos de mis casas se mueran en ellas.

—¿Qué está usted diciendo?

—Nada, que mi ideal es tener inquilinos perpetuos y no ver los balcones de mis cuartos un dia si otro nó con papeles. Por eso voy á hablarle claro, y si nos entendemos ahora no tendremos ninguna dificultad en lo sucesivo. Ruego, pues, á usted que tome asiento y me conteste.

Gonzalez ocupó una silla y se dispuso á sufrir nuevo interrogatorio.

—¿Es usted casado?

—Si señor; tuve esa debilidad en la parroquia de San Ginés.

—No es bastante.

—¿Qué no es bastante? Pues á mí me parece más que sobrado.

—Quiero decir que no es bastante que usted lo diga Necesito que me exhiba su partida de casamiento legalizada en forma.

—Pero, hombre, ¿á qué viene esa exigencia?

—Le diré á usted. Hoy está el mundo perdido; se encuentra uno cada matrimonio de pega que le dá un petardo al más listo.

Hace dos años alquilé el mismo cuarto que pretende usted ahora á un matrimonio de Écija. Pues bien, á los quince dias de instalado en mi casa, se presentó de improviso el legítimo esposo de la inquilina, un hombre muy bruto, y empezó á dar de palos á su consorte. El otro, que á la sazón estaba afeitándose, al oír los gritos y los golpes salió á escena con la cara llena de jabón y armada su diestra de navaja, y quiso salir á la defensa de la víctima. El esposo arremetió entonces contra una y otro y les obligó á parapetarse detrás de una barricada que formaron rápidamente con sillas, baules, y hasta la jaula del loro. El ataque y la defensa fueron encarnizados, y al cabo de una hora de lucha en que se

bombardearon de lo lo lindo tirándose cuadros, botas, platos y cuanto hallaron á su alcance, con lo que destrozaron las paredes de dos habitaciones, huyó el amante arrojándose por una ventana al patio, en cuya caída destrozó con la cabeza los cristales de la galería del entresuelo y por poco mata á un niño á quien estaban paseando en ella por ver de calmarle un acceso de tos ferina. En resumen, que me quedé sin inquilinos durante dos meses y los desperfectos me costaron más de dos mil reales.

Por eso exijo desde entonces á cuantos matrimonios solicitan mis casas la exhibición de su partida de casamiento legalizada en toda regla.

—Bien; traeré á usted mi partida

—¿Es usted político?

—Me precio de conocer las leyes de urbanidad y cortesía

—No lo dije por eso; le pregunto si pertenece usted á algun partido político.

—Diré á usted; antes era absolutista-federal, pero ahora me he hecho de Cánovas del Castillo.

—No me sirve usted ya para inquilino. Yo

quiero personas sin ningun color político. El 22 de Junio de 1866 vivía en el tercero de una de mis casas un correligionario de Becerra y desde los balcones sostuvo un fuego tan graneado con una compañía del ejército que entre uno y otra me destrozaron la fachada. Por eso quiero inquilinos impolíticos. ¿Se entera usted?

—Si señor, y le juro ser político platónico, y no meterme en jaranas de ninguna clase.

—¿Está usted vacunado?

—Si señor, de brazo me vacunaron cuando era chiquitin.

—No es suficiente; la virtud preservativa no dura más de diez años y es indispensable que usted y todos los que con usted vivan se revacunen antes de ultimar el alquiler. De no hacerlo así están ustedes expuestos á tener viruelas, y mi casa á ser fumigada por el Ayuntamiento, con lo que nada gana el empapelado y pierde mucho el dueño; pues, después, por huir del contagio no se halla nuevo inquilino ni aun rebajando el alquiler.

—Está bien; nos revacunaremos todos los de la familia. ¿Quiere usted más?

—Si señor. ¿Qué alumbrado usa usted?

—Petróleo refinado.

—Tiene usted que prescindir de él y reemplazarlo por bujías esteáricas. El petróleo es causa de mil incendios, y yo no quiero que los haya en casas mías.

—Bueno, me alumbraré aunque sea con velas de sebo.

—¿Se recoge usted temprano?

—Si señor; á las cinco de la mañana.

—¿Y á eso le llama usted temprano?

—¡Naturalmente! Tarde sería á media mañana.

—¿Se está usted burlando de mí?

—Usted si que lo está haciendo desde hace media hora; y ni usted se queda conmigo ni yo me quedo con su casa. ¡Abur, casero atroz! Dios le dé el inquilino que se merece, que teniéndolo usted entre sus garras no habrá miedo de que tenga viruelas ni plaga alguna. Bastante plaga tendrá con usted.

Y se marchó echando pestes.

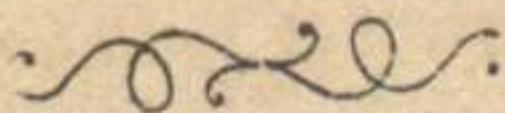
Dos meses lleva Gonzalez buscando casa sin encontrarla y pasando la pena negra con los caseros de Madrid,

¿Cual será el término de su *via crucis*?

Irse á vivir á una cueva.

Por supuesto, que si así no lo hace alcanzará en la gloria un puesto muy merecido, y andando el tiempo figurará su nombre en los almanagues con este aditamento:

SAN N. GONZALEZ Y LOS INNUMERABLES IN-
QUILINOS MÁRTIRES DE MADRID. *Se saca ánima.*





PÁGINAS EN VERSO



A LA VIRGEN DE LA FUENCISLA

Patrona de Segovia.

*Oda premiada por la Academia
Bibliográfico-Mariana de Lérida en su
certámen de 1882.*

PARA cantar tu celestial grandeza,
concédeme, ¡oh, María!

la luz que irradia el sol de tu pureza,
y á su dulce calor el alma mía
podrá con tierno anhelo,
libre ya de la cárcel que la encierra,
en alas de tu amor volar al cielo.

El hombre, peregrino
de la vida en el árido desierto,
bajel cuyo destino
le obliga á navegar sin rumbo cierto;
cuando invoca tu nombre, madre mía,
de su pecho mitigase el quebranto,

y con la fé por guía
los raudales de llanto
vé trocarse en raudales de alegría.

Un tiempo, á mi hondo duelo
hallé en tu templo bienhechora calma,
y léjos hoy del segoviano suelo,
con los ojos del alma
tu rostro admiro en el azul del cielo.
Y ¿cómo no admirarte, madre mía,
si la reina eres tú de mis amores,
ni soñada alegría,
mi esperanza, mi guía
y el bálsamo que cura mis dolores?

Niño era yo, y, al declinar la tarde,
cuando del sol poniente
se ocultaba la luz en occidente,
dando á la tierra su postrer alarde,
á tu ermita, de luz y encanto llena
mis pasos presuroso encaminaba,
buscando alivio á mi profunda pena,
porque léjos me hallaba
de mi madre que tanto idolatraba.
Puesto ante tí de hinojos,
en tí fijos mis ojos,
rota mirando del dolor la palma,

¡qué dulce bien mi corazón sentía!
 ¡qué grato aroma perfumaba mi alma!
 ¡qué dichoso era entonces, madre mía!

A la ciudad tornando,
 el Eresma envidiaba el gozo mío,
 el mismo Eresma que me vió llorando,
 cuando al ir á tu templo caminando
 mi llanto daba al apacible río.

Crecí en años; la suerte
 de tu santuario arrebatóme léjos,
 mas, aunque nunca ya volviera á verte,
 hoy, como ayer, y hasta que yazga inerte,
 alumbrarán mi alma tus reflejos;
 que eres tú sola de mi vida el faro,
 mi dulce bien y mi constante amparo.

Nunca en vano he acudido
 á tí, Virgen amada;
 nunca que te llamé me has desoido;
 nunca de mi alma el eco dolorido
 llegó en vano á tu célica morada.

Una noche, — jamás de mi memoria
 su recuerdo se aparta, — el angel mío,
 el angel de mi amor, mi bien, mi gloria,
 agonizaba sobre el lecho frío,
 y al lado de él lloraba conmovida

la dulce compañera de mi vida.

—«Madre de Dios, consuelo del que llora»
exclamé ante aquel cuadro de amargura—
«por esta madre que tu auxilio implora,
que no alumbre la aurora
del hijo de su amor la sepultura.
¡Salva, madre querida,
del tierno niño la inocente vida!»—

No sé después lo que senti en el alma;
un eco celestial llegó á mi oído,
durmióse el niño con tranquila calma;
la aurora al despertar lo halló dormido,
y el sol resplandeciente
al alumbrar su despejada frente
á la vez alumbró nuestra alegría,
¡Ya el niño sonreía!

¡Ah! Cuántas otras veces,
del dolor al probar las turbias heces,
cariñosa apartaste
de mis lábios el cáliz de amargura.
y en bien mi mal trocaste
y mi pena en ventura.

Por eso noche y día,
Virgen de la Fuencisla, yo te llamo,
lo mismo en mi dolor que en mi alegría,

y por eso con júbilo te aclamo
reina del alma mía.

La luz de mi esperanza
se aviva ¡oh, Virgen santa! á tu memoria;
por tí miro la dicha en lontananza,
por tí pienso en la muerte... y en la gloria!

¡Oh Virgen bendecida,
del segoviano egida,
sé tú siempre mi amparo y mi consuelo,
y al tocar á su término mi vida
recíbeme en tus brazos en el cielo!



LA DUDA.



En un álbum.

SI la duda el claro cielo
De tu amor llega á empañar
Con su fatídico velo,
Pide al olvido consuelo,
Que es gran consuelo olvidar.

Pero si dudas y sigues
Alentando tus amores,
Quizá cuando triste llores,
Con nada, Adela, mitigues
Tus penas y tus dolores.

Ama, mas no duda aguda
Turbe tu cándido amor,
Ya que la virtud te escuda,
Que el tormento de la duda
Es el tormento mayor.

LA PEÑA NEGRA.

TRADICION.

Á mi buen amigo Gabriel de la Plata

I



cinco leguas de Murcia
Se encuentra un extenso valle,
Cuyas flores fecundizan
Las aguas del manso Tháder.
Brilla siempre azul su cielo
Sin importunos celajes,
Perfuman siempre sus auras
Y cantan siempre sus aves.
Limitando el horizonte,
Abrupta sierra levántase
Y á su pie, cerca del río
Cual si quisiera atajarle,
Descansa una enorme peña
Que fué de aquellos lugares,
En otro tiempo, el fantasma

Terror de chicos y grandes.
La *Peña negra* le llaman,
Y así merece le llamen,
Pues negras historias cuentan
De aquella mole gigante.
Unos dicen que ocultaba
Una cueva impenetrable
Que era de trasgos y brujas
El misterioso aquelarre;
Cuentan otros que del cielo,
Una niña como un ángel,
Bajaba todas las noches
Sobre la Peña á posarse;
Que ocultaba un gran tesoro
Hubo quien asegurare.
Y no faltó quien dijera
Que á su pié brotaba sangre.
La curiosidad me hizo
Ir á la Peña una tarde,
Y su tradición, á un viejo
Le supliqué me contase.
Satisfizo mi deseo
El anciano en el instante,
Y á copiar voy su relato
Sin ponerle ni quitarle.

II

Envidia dando á las rosas
Con las rosas de su cara,
Con unos ojos azules
Que el claro cielo retratan;
Flotando sus trenzas de oro
Sueltas á merced del aura,
Y con un alma tan pura
Como el sueño de la infancia,
Creció Pilar, y con ella
La envidia de las muchachas,
Y la admiración de todos
Los mozos de la comarca.
De entre ellos uno, Jacobo,
Despertó al amor el alma
De Pilar, y á su cariño
Le dió en el pecho morada.
Él apuesto y ella hermosa,
Él sencillo y ella cándida,
Ella en él cifró su dicha
Y él en ella su esperanza.
Cuando al terminar el día
Triste la noche llegaba,
Iban Pilar y Jacobo

A la Peña solitaria,
Y, al pié de ella, sus amores
Y sus sueños se contaban;
Y, cual al cielo se eleva
De las flores la fragancia,
Sus promesas de cariño
Hasta el cielo se elevaban.
Pero ¡ay! que en aciago día
Puso en el valle la planta
Cierta conde, de la corte,
Que á Murcia se encaminaba;
Pues vió á Pilar, y su vista
Le inspiró pasión satánica,
Y al ver que ella desoía
Sus amorosas palabras,
Y que sólo por Jacobo
Su corazón palpitaba,
Juró vengarse de entrambos
Y, por lograr la venganza,
Presa de fatal locura,
Le ofreció al diablo su alma.

III

Era de noche; la luna,
Cual lámpara suspendida

En el espacio, á la tierra
 Su opaca luz dirigía.
 Todo era calma en el valle;
 Sólo el rumor de la brisa
 Al rizar las claras ondas
 El silencio interrumpía.
 En tanto, junto á la Peña,
 Testigo fiel de sus citas,
 Jacobo y Pilar soñaban
 Mirando próximo el día
 En que, al pié de los altares,
 En estrecho lazo unidas
 Sus almas, al fin lograrán
 Fundirse en un alma misma.
 Súbito la enorme Peña,
 De su asiento desprendida,
 Cual empujada al averno
 Por una mano maldita,
 Tumba ofreció á los amantes
 Bajo su mole sombría.

.
 Una carcajada horrible
 Murmuró el conde homicida,
 Y ¡muerto junto á la Peña
 Lô encontró la luz del día!

IV

Desde esa noche sangrienta
Huyó del valle la paz;
Y es fama que, entre las sombras
Su ventura á recordar,
Sobre la Peña descenden
Desde el cielo donde están
Las almas enamoradas
De Jacobo y de Pilar.

Abril—1879.



SERENATA.

Tú eres la rosa de la mañana
Que altiva ostenta su lozanía;
Eres el ave que eleva ufana
Sus dulces cantos al nuevo día;
Eres estrella brillante y pura
Que roba al alma su desconsuelo:
Eres la aurora de mi ventura;
Eres un ángel, todo ternura,
Que al más templado le dá un camelo.

Tienen tus labios la esencia amada
De las acacias y los jazmines;
Tu voz imitan en la enramada
Las dulces brisas de los jardines;
Tu talle, esbelto como la palma,
Es de tus gracias el fiel traslado;
Brinda tu pecho placer al alma
Pero ¡ay! el mio vive sin calma
Porque en él llueve sobre mojado.

Eres el faro que fulgurante
La sombra aleja de los dolores;
Eres aurora que vierte amante
Lluvia de perlas sobre las flores,
Eres el iris de la bonanza
Que amor y dicha sin fin promete;
Eres el astro que en lontananza
Alumbra el cielo de la esperanza
Que es todo un cielo de rechupete.

Tú en mi alma vives, en ella moras,
Y es siempre tuyo mi pensamiento;
Tú haces alegres las tristes horas,
Y en gozo truecas el sufrimiento.
Mas basta, Celia, de sinfonía
Cabe los hierros de tu ventana,
Que está la noche bastante fría
Y hay mucha gente con pulmonía.
¡Adios! ¡Qué duermas! ¡Hasta mañana!



NOCHE-BUENA.

PRÓXIMO el año á morir,
Para calmar tanta pena
Como nos hace sufrir,
Cuando se va á despedir
Nos brinda una noche buena.

Siempre en sus contados dias
Siembra lutos y agonías
Haciendo de mal derroche,
Y solamente una noche
Le ofrece al alma alegrías.

Entre el continuo vaivén
De esa noche, seres cien
Entonan alegres cantos;
Y en la misma noche, ¡cuántos,
Cuántos suspiran también!

Para el que junto al hogar
Ve la noche resbalar
Entre los seres queridos,
¡Qué alegres son los sonidos

Del cántico popular!

Para la madre que, en tanto,
Al hijo que era su encanto
Ve morir muerta de pena,
¡Qué triste resuena el canto,
El canto de Noche-buena!

El marinero al surcar
Esa noche el hondo mar,
Fijo en Dios el pensamiento,
Sueña que repite el viento
Los cánticos de su hogar.

El soldado que alardea
De valiente en la pelea,
Siente que el dolor le embarga,
Y su Noche-buena amarga
El recuerdo de su aldea.

Mas, dando á su ansia reposo,
Alzan un himno armonioso
En esa noche al Señor,
Lo mismo el que es venturoso
Que el que llora algún dolor.

SONETOS.

I

El trabajo

PARA ganar el pan de cada día
trabaja el hombre con febril anhelo,
y en el castigo que le impuso el cielo
tras el afán encuentra la alegría.
Él mitiga las horas de agonía
y á los tristes recuerdos pone un velo,
él presta al alma bienhechor consuelo
y sueño y paz al corazón envía.
Justa pena del Sér omnipotente
que, á través de los siglos, por legado
recibe el hombre y con dolor presente;
no al sufrirla le muestre el rostro airado,
pues las gotas que pone en nuestra frente
la mancha borran del primer pecado.

II

¡En el cielo!

Desde la cuna hasta la helada huesa
 Persigue el hombre la ventura humana;
 Y cuanto más en su ansiedad se afana
 Se aleja más la codiciada presa.

Su impotencia, orgulloso, no contiesa
 Y á un mañana sucede otro mañana,
 En la vejez como en la edad temprana
 La marca del dolor llevando impresa.

En pos del *más allá* con loco anhelo
 Cruza el alma este valle de amargura,
 Y, cuando rasga de la muerte el velo,
 Un ángel descendiendo de la altura
 «Allí,—le dice señalando al cielo,—
 Allí no más existe la ventura».

III

Á Murcia.

Con motivo de la inundación de 1879.

El ángel de la muerte en noche oscura
 Batiendo sobre tí sus negras alas

En luto eterno convirtió tus galas
Y tu plácida paz en amargura.

Al contemplar tu inmensa desventura
Dolientes ayes sin cesar exhalas,
Y hogares mil atónita señalas
Donde hallaron tus hijos sepultura.

Ante las ruinas de tus pobres lares
Inunda al corazón amargo duelo;
Mas calma, calma, oh Murcia, tus pesares,
Que ya la caridad, hija del cielo,
Salvando las fronteras y los mares
Viene á ofrecer á tu dolor consuelo.

IV

El poeta.

(Traducción de Thevenot.)

—
Cual ruiseñor que en la enramada umbría
Trinos entona que arrebatada el viento,
Sin que acalle su lánguido lamento
El rebramar de la tormenta impía;

Así el poeta por doquier envía
Con ayes de dolor su pensamiento
Sin que apaguen su fe ni su ardimiento

La tempestad del mundo y su falsía.

¡Pobre poeta! su áspero camino
Recorre siempre con la vida en guerra,
Sólo en cantar cifrando su ventura;
Y, al cumplir de esta suerte su destino
Aunque su voz desoyen en la tierra,
Su canto suena en la celeste altura.

V

A Celia.

Torna tus ojos de ternura llena
y contempla de un triste la amargura;
ven á calmar la negra desventura
que con tenaz empeño me envenena.

Tú de la vida al sufrimiento agena
sueñas con el placer y la ternura,
y el sol que dora la ilusión más pura
aumenta el brillo de tu faz serena.

Angel de amor, para el amor creado,
faro que alumbra al caminante incierto
y presta vida á quien su luz recibe:

Ante tu vista olvido mi pasado,
y el corazón á la esperanza muerto
á la esperanza de tu amor revive.

VI

En la muerte de Romea.

Meció tu cuna el aura silenciosa
Que riza del Segura la corriente,
Y el genio colocó sobre tu frente
Un rayo de su luz esplendorosa

Á su influjo con ansia prodigiosa
Sueños de gloria acarició tu mente,
Y del arte en el templo refulgente
Conseguiste la palma victoriosa.

Rota ya de tu vida la cadena
Á otro mundo mejor alzaste el vuelo,
Dejando en sombras la española escena;
Y sólo calma su profundo duelo
El eco de tu gloria que resuena
Por los inmensos ámbitos del cielo.

VII

Dolor y risa.

Pilar, perdona si con loco empeño
de tus pesares sin cesar me río,

y si á impulsos de extraño desvarío
me causa gozo tu enarcado ceño.

Perdona si tu afán juzgando un sueño,
cuando derramas lágrimas sonrío;
perdona si me burlo de tu hastío
y si al verte sufrir sigo risueño.

Pues aunque ves que ríe con locura
no es mi existencia al sufrimiento ajená
ni grato bien al corazón augura,

Es que tanto dolor mi alma envenena
que, porque no te aflija mi amargura,
con risa encubro mi profunda pena.

VIII

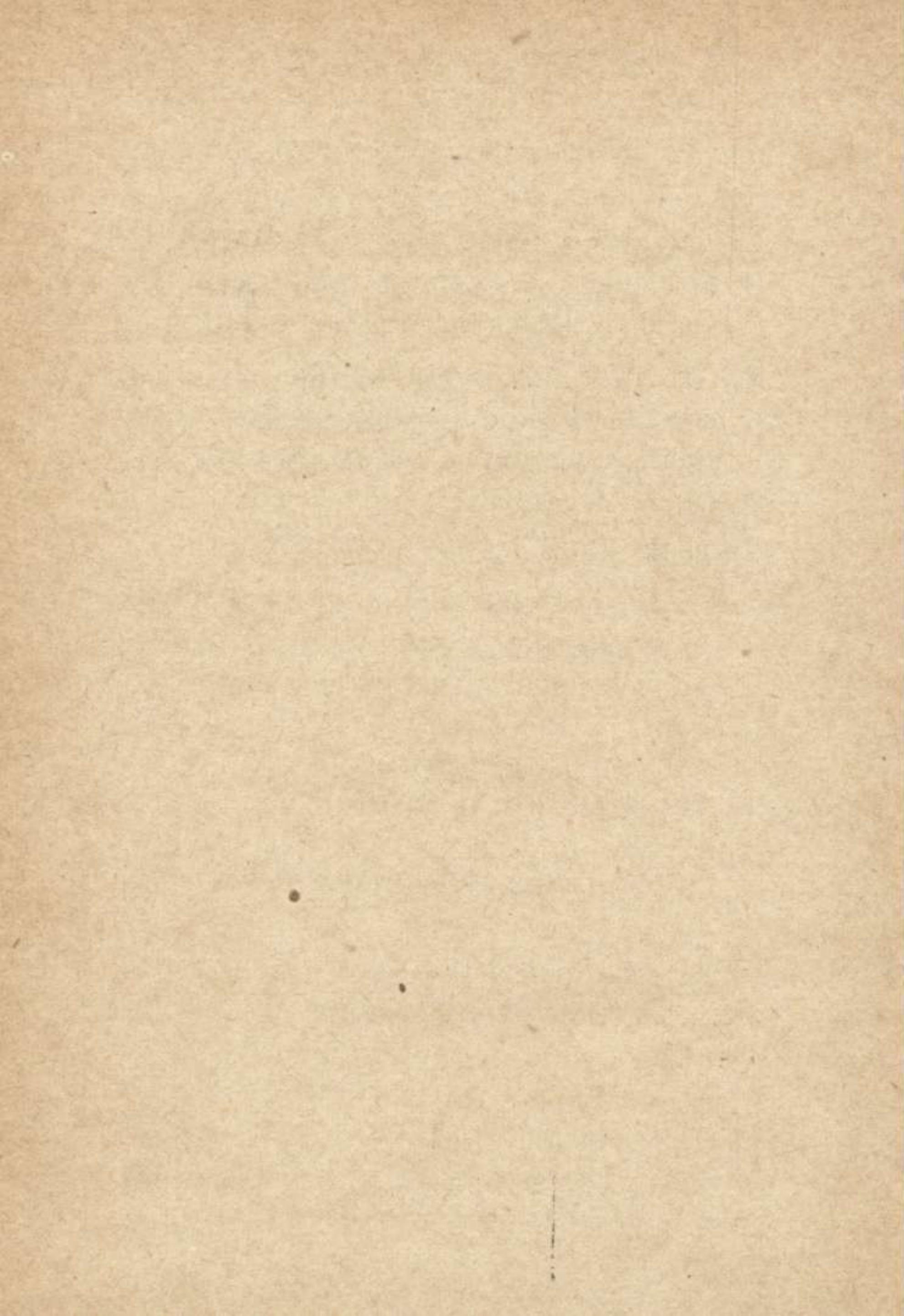
Victoria triste.

(Con motivo de la última guerra civil.)

Rugió el cañón, y á su terrible acento
Respondieron cien ayes de agonía;
Los dos bandos lucharon á porfía,
Igual fué de los dos el ardimiento.

«¡Victoria!» recobrando nuevo aliento
Gritó el uno al mirar que el otro huía,
Y «¡victoria!» en sus ondas repetía
De una zona á otra zona el ráudo viento.
Cuando la noche desplegó su manto,
Del vencedor los locos regocijos
El vencido escuchó lleno de espanto;
Mientras, en ambos con los ojos fijos,
La patria derramaba acerbo llanto
Mezclada al ver la sangre de sus hijos.





DOS PALMAS.

A un amigo en la muerte de su esposa.

MURIÓ el ángel de consuelo
Que engarzó tu alma en su alma,
Y del martirio la palma
Le abrió las puertas del cielo.

Dichosa, desde la altura
Por tu hogar está velando,
Y tú sigues apurando
El cáliz de la amargura.

Mas tu amargo frenesí
Pensando en tu Flora calma,
Que Dios que le dió una palma
Otra guarda para tí.



CARTA INTIMA.

A***

SON las tres!... Inclemente
De mis ojos se aparta el sueño impío,
Y en ansiedad creciente
Vuelan á tí los sueños de mi mente
Y murmura tu nombre el labio mío.
Quizá en tanto dormida,
De otra edad más feliz á la memoria
Verás en calma resbalar tu vida,
Quizás tiempos mejores
Embargarán tu mente en este instante
Con plácida alegría,
Y tal vez anhelante
Entre sueños de amores
Dormida te hallará la luz del día.
Mas si despierta estás; si desvelada,
Lentas resbalan para tí las horas;
Si como á mí te roba un pensamiento
La calma idolatrada,

Y una esperanza muerta acaso lloras,
Mi canto, que es de mi dolor testigo,
Dísipará de tu alma los enojos
Y al cerrarse tus ojos
Dormida acaso soñarás conmigo.

Oye en tanto una historia
Que á tu pecho dará la paz querida;
Guárdala en tu memoria,
Pues oculta en sus páginas de gloria
Las horas más felices de mi vida.

Érase una mujer, ángel hermoso
De dulce sonreír, de faz serena,
Y reflejaba en su mirar profundo
El candor sin segundo
Que atesora la pálida azucena.
Y era un hombre también á quien la suerte
Hundiera para siempre en la amargura,
Y á cuyo pecho inerte
Tan sólo una esperanza de ventura
Le quedaba en su mal... ¡la de la muerte!

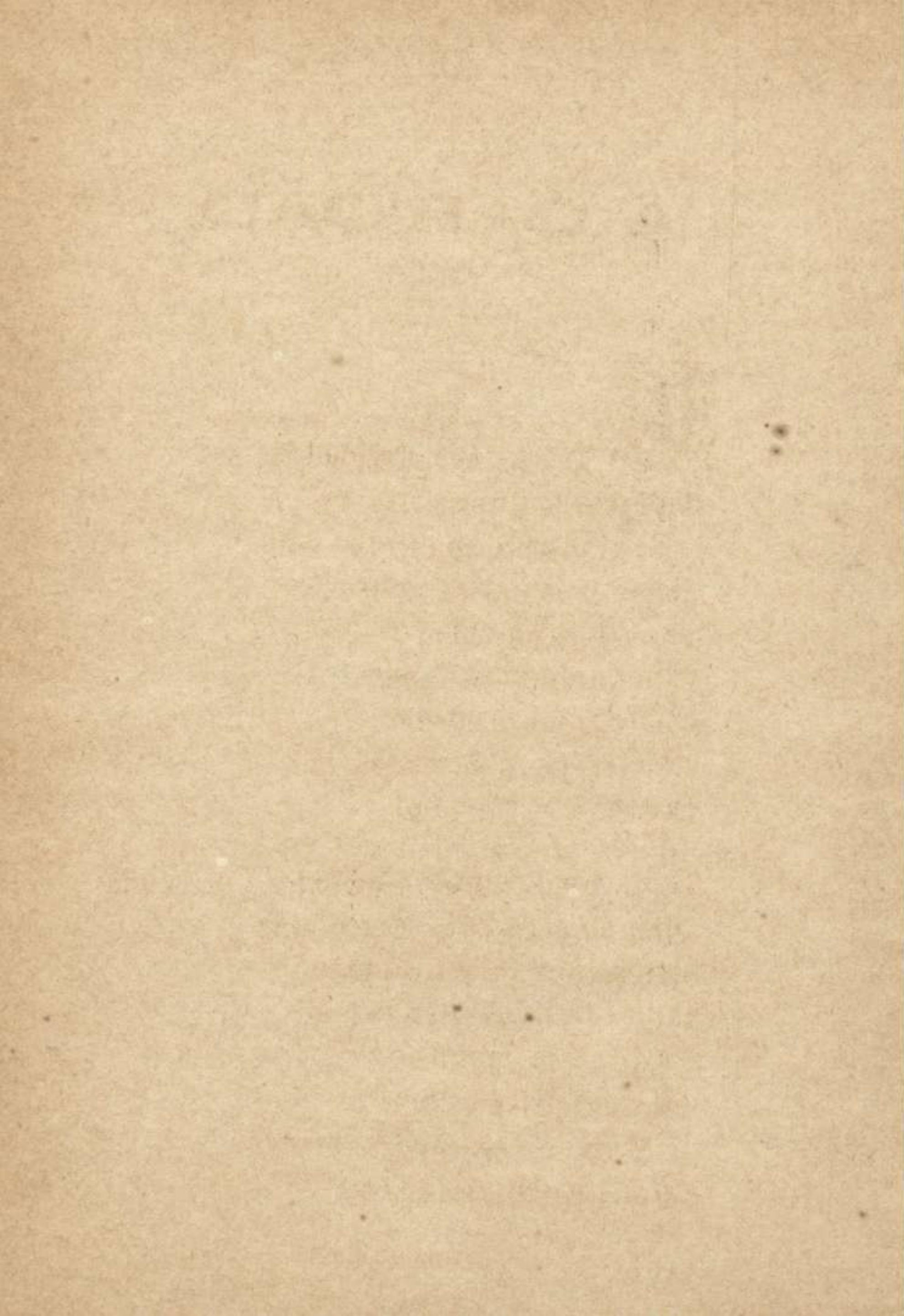
La mujer vió su duelo
Y consoló su sufrimiento insano,
Y ángel, quizá, del cielo,
Le dió dulce consuelo
Con el amor purísimo de hermano.

Y consolóse al fin, y el alma, en tanto
Que á tal favor mostróse agradecida,
Por el ángel-mujer vertió su llanto,
Y un sentimiento grande y generoso
Cambió su amarga vida,
Á su pecho infeliz dando reposo.

Hoy de la noche entre la sombra fría
Á aquel ángel dedica la memoria,
Y es su sola alegría
El recuerdo feliz de aquella historia
Que guardo fiel en la memoria mia.

.....
¡Ya brilla el alba! En los cristales miro
Reflejarse su luz encantadora,
Y un férvido suspiro
Dedico á la mujer por quien deliro
Y á quien mi pecho sin cesar adora.

¡Adios! Torna á soñar, y si á mi historia
El alma tuya se mostró ofendida,
No olvide tu memoria
Que oculta entre sus páginas de gloria
Las horas más felices de mi vida.



LA CARIDAD.

UN ángel á quien el cielo
Dió de la humildad las galas,
Batiendo alegre las alas
Vino al mundo en ráudo vuelo.
Donde reina el desconsuelo
Acude con ansiedad,
Y, admirando su bondad,
Le apellidan á porfía:
La ciencia, *Filantropia*,
La religión, *Caridad*.

¡Caridad! nombre bendito
Que, en prenda de dulce amor,
Con su sangre el Redentor
Dejó en el Gólgotha escrito.
Su poderio infinito
Alza del polvo al mortal
Y el influjo celestial
De sus sacrosantas leyes

Une súbditos y reyes
En abrazo fraternal.

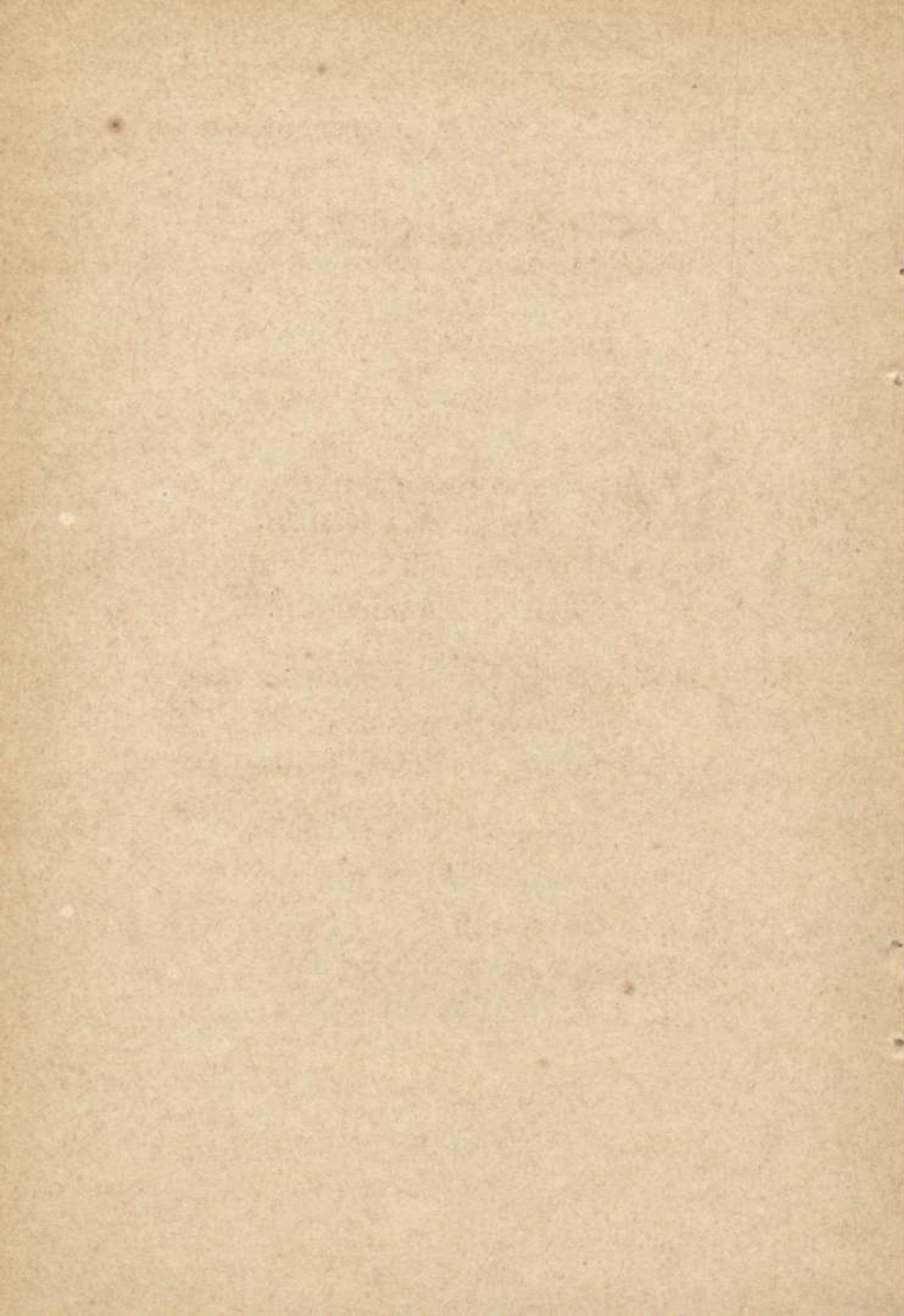
Ella al huérfano inocente
Tiende compasiva mano,
Y asilo ofrece al anciano
Y limosna al indigente.
Ella para el delincuente
Perdón se afana en pedir,
Y, si no logra rendir
Su súplica al juez severo,
Del cadalso hasta el lindero
Consuela al que va á morir.

Si la homicida metralla
En la lid siembra la muerte,
Convirtiendo en polvo inerte
De heróicos pechos la valla;
El fragor de la batalla
Á la Caridad no aterra,
Y, haciendo guerra á la guerra
Con la Cruz Roja aparece,
Y dulce consuelo ofrece
Al que yace herido en tierra.

Vosotras que os embriagais
¡Oh madres! en dulce calma
Cuando á los hijos del alma
En vuestros brazos mirais;
Si el ¡ay! doliente escuchais
Del huérfano sin consuelo,
Socorred su amargo duelo,
Calmad su acerba agonía,
Y llorará de alegría
Su pobre madre en el cielo.

¡Gloria á tí ¡sublime don!
Caridad ¡bendita seas!
Y ¡benditas las preseas
Que brindas al corazón!
La limosna y la oración
Te ofrecen placer profundo,
Por tu poder sin segundo
Vamos de la gloria en pos,
Que eres, imagen de Dios,
La redentora del mundo.



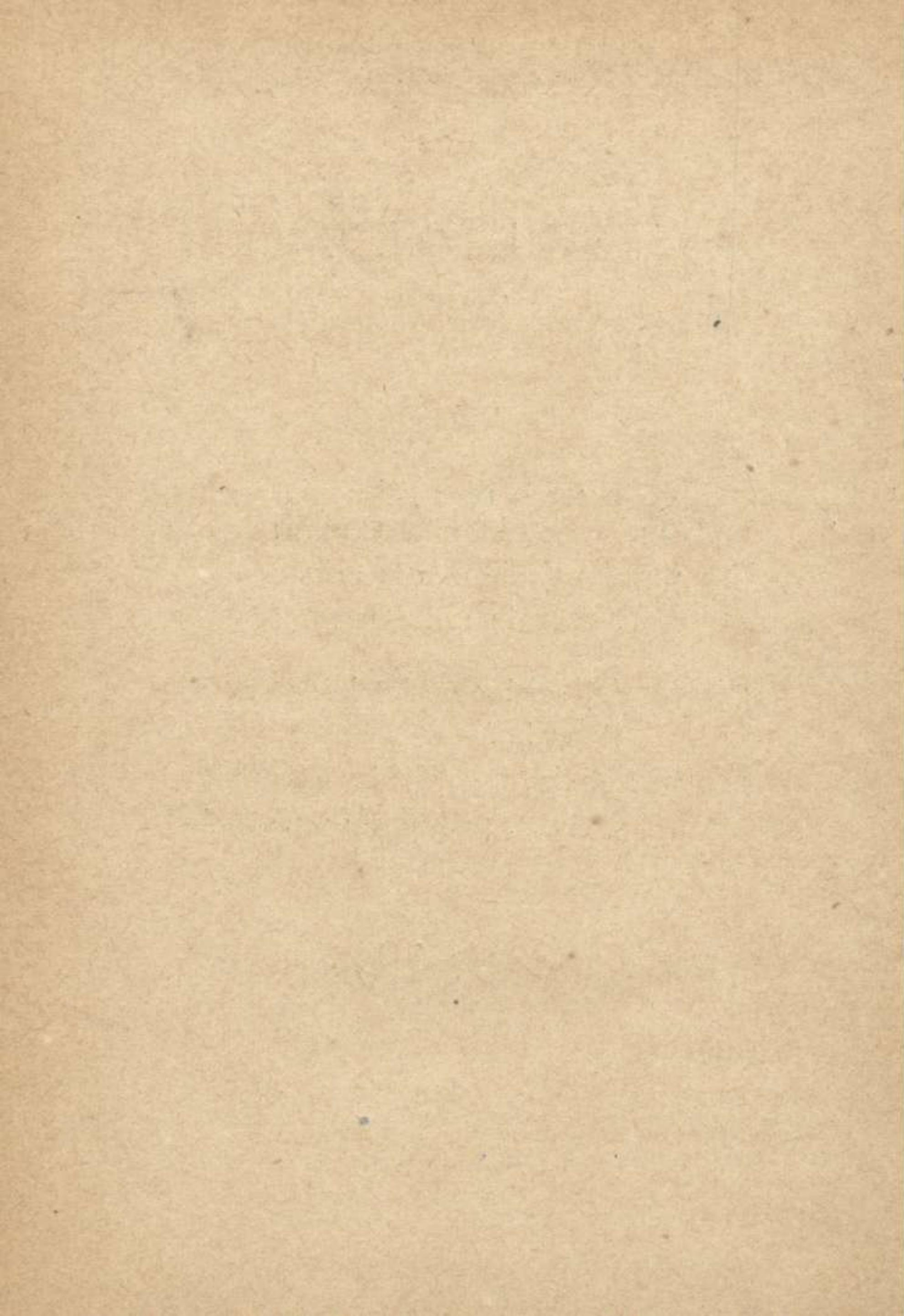


BALADA.



No ves la rosa columpiar su tallo
Mecido por el aura?
¿No ves el pajarillo en la arboleda
Saltar de rama en rama?
¿No ves del sol los esplendentes rayos
Besar la fuente mansa?
¿No ves, en fin, las plácidas estrellas?
Pues... ¡cómprate unas gafas!





ANTE LA DOLOROSA DE SALZILLO,

FAMOSISIMO ESCULTOR MURCIANO,

En el centenario de su muerte

MADRES, que sin consuelo llorais perdido
Un ángel que á otro mundo tendió su vuelo,
Calmad, ante esa imagen vuestro gemido
Que en ella el gran Salzillo dejó esculpido
El dolor de la Reina de tierra y cielo.

—

Él, él solo, las huellas de la amargura
Supo imprimir en esa pálida frente;
Él, inmortal Murillo de la escultura,
Al copiar de la Virgen la desventura
Ciñó á su sien corona resplandeciente.

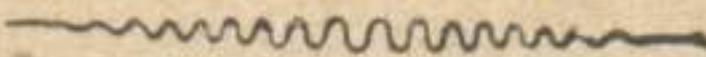
—

Cuando, al ver ese rostro que anubla el duelo,
De pena gime el alma desfallecida,
Á la par que á la Vírgen pide consuelo,
Sus fervientes plegarias eleva al cielo
Por el genio eminente que le dió vida.

—

Bien hayas, Murcia, que alzas á la memoria
De Salzillo tus cantos en este dia,
Pues, al cantar de tu hijo la egregia historia,
Serán tus notas himnos, himnos de gloria,
Que elevas á la dulce Vírgen María.

1883.



MI ALMA GEMELA.

UANDO al cruzar la senda
De nuestra vida,
Algún pesar al alma
Sin tregua agita,
El mal se aumenta,
Si no hallamos otra alma
Que nos comprenda.

—

Mas si hay un sér querido
Que nos consuele,
La pena que sentimos
Se calma siempre;
Se calma, y luego
De gratitud eterna
Se inunda el pecho.

—

Así yo por el mundo
Cruzaba errante,
No hallando en mi camino
Más que pesares;
Y lejos siempre
Del hogar do mi infancia
Corriera breve.

En vano en los amores
Busqué consuelo,
Amé á un ángel, y el ángel
Burló mis ruegos;
Y desde entonces,
Jamás sueña mi pecho
Dichas de amores.

Busqué amigos, mas ellos
No comprendían
El dolor incesante
Del alma mía:
Y ¡ay! en mis penas
No encontré un solo amigo
Sobre la tierra! .

Mas te ví y tu cariño
Calmó mis ansias
Y disipó las sombras
Que hubo en mi alma;
Y hoy eres, niña,
Mi esperanza, mi gloria,
Mi sol, mi vida.

Cuando brillan tus ojos
Llenos de encanto,
Y una sonrisa dulce
Borda tu lábio;
Mi pobre pecho
Participa al instante
De tu contento.

Mas cuando estás llorosa,
Cuando suspiras
Y el carmín palidece
De tus mejillas;
También resbalan
Por mi triste semblante
Lentas las lágrimas.

Y lo mismo en tus penas
Y tus placeres,
Que en tus llantos y risas
Sigo tu suerte.....
Porque eres, niña,
Mi esperanza, mi gloria,
Mi sol, mi vida.



TRES ÉPOCAS.

I

Dos meses antes.

M

E quieres, Laura?
— ¡Te adoro!

¿Y tú á mí?

— ¡Con frenesí!

— ¿Me olvidarás?

— ¡Ovidarte

Cuando alientas mi existir!

¡Eso nunca! Mi cariño

Con mi vida tendrá fin. —

Resumen: dos novios memos

Como no hay más que pedir:

II

Momento crítico.

— Ya llega la hora anhelada
Que soñando concebí

Y el placer que mi alma siente
No lo puedo definir.

—Ya en breve con dulce lazo

Nos uniremos al fin

—¡Oh qué días nos esperan!

—¡Oh qué bello porvenir!—

Resumen: un matrimonio

Más dulce que un *chantilly*.

III

Dos meses después.

—¿Vas á paseo esta tarde?

Sí, voy con la de Ruiz.

(Así espero ver á Enrique

Que me encanta por su *chic*.)

¿Y tú, sales?

—Sí, á la Bolsa,

Y al casino desde allí.

(Ya impaciente en el Retiro

Me esperará Beatriz.)

Resumen: un matrimonio

Como hay muchos por ahí.



À GRANADA Y MALAGA,

con motivo de los terremotos de 1884.

—

TENDIÓ en el suelo andaluz
La desolación su manto,
Trocando el placer en llanto,
Trocando en sombra la luz.
Cayó del altar la cruz
De la tierra al conmover,
Y por tanto y tanto sér
Como entre escombros murieron
Los campanarios cayeron
Tocando á muerto al caer.

—
Granada, triste Granada,
Que tu alegría perdiste;
Málaga, Málaga triste,
Que lloras desventurada.

De vuestra aflicción colmada
Sin medir la inmensidad,
Los ojos al cielo alzad
Y allí encontraréis consuelo,
Que ya brilla en vuestro cielo
El sol de la caridad.



LO DE SIEMPRE.

DE tus ojos la mirada
Me causó tal impresión,
Que te dije mi pasión
Como quien no dice nada.

Tú eras la concha que en lo hondo
Del pecho juré tenerla
Y tu amor era la perla
Que ocultabas en su fondo.

Mas, aunque el pago á mi asedio
En tu cariño encontré,
Tu olvido me probó que
Me engañé de medio á medio.

Y hoy dándome á Belcebú
Suelo exclamar tristemente:
¡Que me claven en la frente
La perla que guardes tú!



PRIMERAS FLORES.

À Carmen.

COMO en jardín galano
brotan las flores,
en nuestras almas brotan
las ilusiones;
¡flores benditas
que convierten las penas
en alegrías!

Hoy que á sentir empiezas
dentro del pecho,
ilusiones que forja
tu amor primero,
procura, Carmen,
que esas flores no lleguen
á marchitarse.

Feliz tú si conservas
siempre en el alma
de la ilusión primera
la flor lozana,
cuyo perfume
del desengaño rasga
la negra nube.

De ilusiones un mundo
tu pecho encierra;
guárdalas con cariño,
nunca las pierdas,
y haga la suerte
que esas flores perfumen
tu pecho siempre.



Á LA VIRGEN.

Plegaria.

COMO surca las olas frágil barquilla
Al suspirado puerto por arribar,
Por alcanzar del cielo la ansiada orilla
Va el alma de la vida surcando el mar.

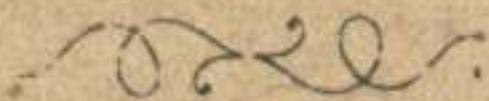
Del náufrago del mundo, Virgen María,
Eres el suspirado puerto de amor,
Y tu gracia es el faro que al alma guía
Disipando las sombras con su fulgor

¡Oh, reina de los cielos, sol de ventura,
Tesoro de virtudes, supremo bien,
Para cruzar del mundo la senda oscura
Del alma que te invoca sé tú el sostén.

Por el hijo adorado que dió su vida
Para ofrecer al mundo la redención,

Escucha mi plegaria, Madre querida,
Y haz que borre mis culpas tu intercesión.

Y cuando de improviso la muerte un día
Con su sueño mis ojos logre cerrar,
Haz que pronto despierte, Virgen María,
Y me mire en tus brazos al despertar.



GLORIAS Y MEMORIAS.

ERA una noche serena,
¿Te acuerdas? ¡Parece un sueño!
Todo era calma en la tierra,
Todo era calma en el cielo.
Tan sólo del aura errante
Se escuchaba el rumor trémulo
Cuando agitaba amorosa
Las trenzas de tus cabellos.
Tú estabas triste, yo absorto;
Tú abatida, yo sereno;
Y como soplos pasaban
Aquellos dulces momentos,
¡Bellas horas de mi vida
Que ya para siempre huyeron,
Dejando bañado en lágrimas
Inextinguible recuerdo!

La luna, que desde el cénit
Derramaba sus destellos,

Bañaba en luz tu semblante,
De tus pesares reflejo,
Y las frases, que en tus labios
Iba á sorprender el viento,
Se grababan en mi alma
Con caracteres de fuego.
Yo te contaba mis penas
Que escuchabas en silencio;
En silencio quizá en tanto
Lloraba triste tu pecho;
Y el pasado recordando
Con el pesar más intenso,
A otro tiempo dirigías
Tu mirada y tu recuerdo.

Noches de amor y ternura,
Hoy que os encontráis tan léjos,
Hoy que no admiro la imagen
De la que fué mi consuelo:
¡Dejad que á vuestra memoria
Vierta lágrimas de fuego!
¡Dejad que lloren mis ojos
Por las glorias que murieron!

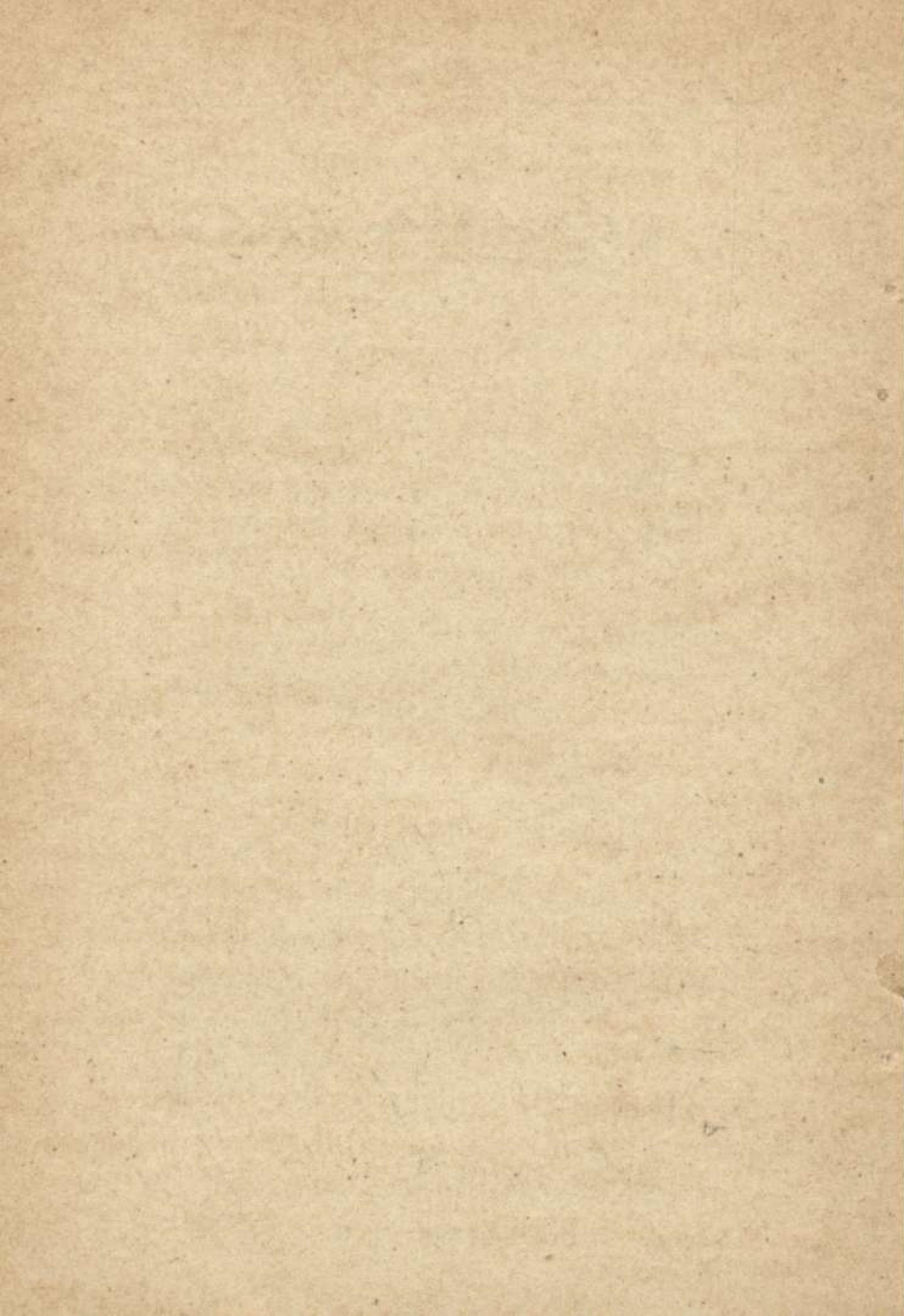
RECETAS.

Si del canario envidias
El dulce trino

Y quieres imitarlo,
Medio hay sencillo:
Cásate, Fabio,
Y verás cómo trinas
Antes del año.

Y si el infierno quieres
Pasar en vida,
Vive con tu señora
Mamá política;
Que al lado de ella
Vivirás en el mundo
Como alma en pena.





LA CUNA VACIA.

— 0 —

Nocturno.

Su manto de sombras la noche tendía;
Del niño se oía gemido tenaz;
Inmóvil, velando su lenta agonía,
La madre bañaba con llanto su faz.

En vano á los cielos alzaba los ojos,
De lágrimas rojos, la madre infeliz;
En vano soñaba postrada de hinojos,
Borrar de las sombras el negro matiz.

Envuelto entre nubes de nácar y de oro,
De arcángeles coro del cielo bajó,
Y al hijo del alma, su amor, su tesoro,
Perderse en las nubes la madre miró.

Bañaron los rayos del astro del día
La estancia sombría, de un vidrio á través,
Y hallaron velando la cuna vacía
La madre sin vida postrada á sus piés.

Mas, lejos del mundo, sin penas ni duelo,
Su dulce consuelo del niño halló en pos,
Y puras sus almas por siempre en el cielo
Fundidas en una quedaron las dos.

FIN.

INDICE.

PÁGINAS EN PROSA.

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| <i>La primera y la última.</i> | 7 |
| <i>La suegra.</i> | 21 |
| <i>Una víctima ignorada.</i> | 25 |
| <i>Ideas sueltas.</i> | 33 |
| <i>El album de Adela.</i> | 35 |
| <i>La gran revolución.</i> | 43 |
| <i>Adelfa.</i> | 49 |
| <i>Una y no más.</i> | 57 |
| <i>Decepciones.</i> | 63 |
| <i>Otro drama nuevo.</i> | 71 |
| <i>Un genio anónimo.</i> | 79 |
| <i>Buscando casa.</i> | 85 |

PÁGINAS EN VERSO.

| | |
|---|-----|
| <i>A la Virgen de la Fuencisla.</i> | 99 |
| <i>La duda.</i> | 105 |
| <i>La Peña negra.</i> | 109 |

| | <u>Páginas .</u> |
|--|------------------|
| <i>Serenata.</i> | 113 |
| <i>Noche-buena.</i> | 115 |
| <i>Sonetos.</i> | 119 |
| <i>Dos palmas.</i> | 125 |
| <i>Carta íntima.</i> | 127 |
| <i>La Curida-l.</i> | 131 |
| <i>Balada.</i> | 135 |
| <i>Aute la dolorosa de Salzillo.</i> | 137 |
| <i>Mi alma gemela.</i> | 139 |
| <i>Tres épocas.</i> | 143 |
| <i>A Granada y Málaga.</i> | 145 |
| <i>Lo de siempre.</i> | 147 |
| <i>Primeras flores.</i> | 149 |
| <i>Plegaria.</i> | 151 |
| <i>Glorias y memorias.</i> | 153 |
| <i>Recetas.</i> | 155 |
| <i>La cuna vacía.</i> | 157 |

